

SERVICIO  
SECRETO

SS

# UN ABRIGO DE PIEL DE HEMBRA

SOLO MAYORES  
DE **18** AÑOS

Silver Kane





# SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.495 — Dadle caviar al tigre.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 — Infierno: capital, Dodge City.

665 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

891 — No hay sitio en el infierno.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

495 — El que no quiso matar.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

76 — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15 — Un «Colt», una mujer y un diablo

En Colección BRAVO OESTE:

963 — Satanás and Company.

En Colección LA HUELLA:

80 — Manchas de sangre en los ojos.

SILVER KANE

## UN ABRIGO DE PIEL DE HEMBRA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1 508

Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOLÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO**

ISBN 84 02 02513-7

Depósito legal: B. 17 987 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.<sup>a</sup> edición: julio, 1979

© Silver Kane - 1979

texto

© Desilo - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva.  
2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Parets del Vallés (N-152, Km 21.560 - Barcelona - 1979

## Capítulo Primero

### NO METAS MANO A LAS MUERTAS

¡PLAC!

La bofetada había sonado en todo el local.

Y a mí me jeringó.

Me jeringa que aticen bofetadas a las chicas.

El fulano se creía muy seguro de sí mismo y la empujó contra la pared. Le había dejado la boca llena de sangre, pero eso no le hizo compadecerse en absoluto. Al contrario, pareció aumentar su ira y excitarle aún más. Movi6 otras dos veces su manaza derecha y la aplastó contra la cara de la muchacha.

¡CLAS! ¡CLAS!

Las bofetadas habían sonado como trallazos.

La cabeza femenina pareció estallar contra la pared.

Pero la voz femenina, como si llegara de muy lejos, aún pudo balbucir:

—Le juro que se confunde...

— ¿Que me confundo? ¡Tú fuiste la puta que me robó la cartera la semana pasada, condenada zorra!

La sujetó por el cuello, la zarandeó y luego pareció pensarlo mejor. Porque de repente le subió las faldas con un gesto agresivo, haciendo que ella mostrara la fuerza de sus fabulosas piernas.

Porque estaban buenas de veras, sí, señor.

Tal como a usted y a un servidor nos gustan.

Ríase del Playboy.

Menudas cachas.

Menudo liquero con adornitos de sedería.

Menudas medias.

Menudo panorama del monte de Venus con las braguitas transparentes.

Ella gimio.

El tío la agarró entonces bien por los dos muslazos a la vez y la apretó contra la pared.

Parecía haberse olvidado de la cartera. Y era lógico. Con aquellos muslazos en las manos... ¡qué cartera ni qué leches!

Creo que nunca olvidaré aquella tarde.

Se veía una punta del Empire State, más allá del Hudson, a través de los cristales sucios del bar. Se distinguía también un camión de mercancías pintado de amarillo, que llevaba allí más de dos semanas y se estaba pudriendo. Recuerdo a la perfección las caras abotargadas de los otros clientes, seguros consumidores de alcohol y de drogas blandas, lo que les impedía reaccionar o pensar. Podían haber violado allí a la chica o dado por el saco a cualquiera de ellos sin que se enterasen siquiera.

En cuanto al amo, tenía miedo. No quería líos allí, pero tampoco se atrevía a decirle cosa alguna al cabrito que ya la tenía empinada. Allí era yo el único que podía hacer algo, si es que un tipo como yo puede hacer alguna vez alguna cosa.

No soy ningún valiente, pero me jeringa que aporreen y soben a las chicas en contra de su voluntad. En todo caso, eso de meter mano a los culos femeninos es una cosa que hay que hacer con toda delicadeza.

De modo que dejé en el mostrador mi whisky de garrafa, me arreglé un poco el nudo de mi corbata de medio dólar y fui a por él.

El tío estaba la mar de entusiasmado.

No se daba cuenta de nada.

No resultó difícil.

Dije: Eh, macho.

Y le aticé con toda mi alma con el borde del vaso de un cristal grueso. Yo no sé si pueden imaginarse ustedes lo que es eso. El cristal grueso es como el acero, pero se le partió en la mandíbula. Oí un chasquido de huesos rotos, brotó la sangre y al tío no se le empinó nada más. Con los ojos en blanco, cayó en un alucinante K.O., en el cual yo solo tuve un mérito relativo, pues el alcohol que llevaba encima hizo el resto. Doblado contra una banqueta, resbaló lentamente sobre un charquito que no se sabía bien si era whisky u orina humana. Probablemente una mezcla de las dos cosas, que era lo que el dueño del garito expendía bajo la marca J.B.

Hice una seña a la chica.

— ¡Vamos! ¡Pronto!

Aquello me recordaba las novelas del Oeste que había leído en mi juventud. Solo me faltaba el caballo a la salida del bar. En lugar de eso, encontré mi viejo Cougar color caca al que unos chicos ya trataban de arrancar los cromados por creer que se trataba de un coche abandonado por su dueño. Para que no faltase nada, un oficinista gordo se había metido dentro y trataba de averiguar entre resoplidos de qué color eran las bragas de su chica.

Le grité al oficinista:

— ¡Maricón!

El tío se defendió.

—Hombre, maricón no —dijo—. Esto es una tía.

Los saqué a los dos de allí. Tuve que hacerlo a empujones, y entonces descubrí que la chica no llevaba bragas. Que asco, qué desvergüenza. Aproveché la ocasión para meterle mano. Los hay que sacan tajada de todo, ché. Ella se volvió. Le busqué el canal delantero con un dedo. Pero qué falta de moralidad hay en las grandes ciudades, señor. Ella chamulló no sé qué de que yo encontraba el camino mejor que el oficinista gordo. Los chavales habían dejado de robarme los cromados y hacían apuestas entre ellos.

— ¡Veinticinco centavos a que se la tira!

— ¡Treinta a que no!

Ganó el que no. Qué deprimente es vivir en los barrios bajos de Nueva York, cielo santo, donde no hay moral ni nada, donde los tíos y las tías solo piensan en el estómago y en el catre. Vergüenza daba. Le pasé una tarjeta a mi chica por si quería visitarme en cualquier tarde de calentura y metí en el Cougar a la hembra a la que acababa de salvar. Ella estaba muy pálida y de su barbilla aún goteaba débilmente la sangre.

—Toma un pañuelo —dije.

—Gracias, querido.

Era una chica fina. Llevaba braguitas. A mí me encantan las chicas finas. Bajé por Queens Bulevar, buscando el puente de Queensboro. Ella seguía secándose la sangre y dejando mi pañuelo hecho un asco mientras musitaba:

—Gracias, gracias.

—Tú dirás adonde te llevo —musité a mi vez.

—Vivo en Jersey City, cerca del Midtown Tunnel.

—Perfecto, entonces atravesaremos Manhattan a la altura de la 34.

Lo dije con acento nasal. Ni el tío del Taxi Driver se tiene mamado Manhattan más que yo. Conduje hacia el puente mientras tenía como guía la alta aguja del Empire, que está en esa zona, en tanto la chica guardaba silencio. Habíamos llegado a la altura del Queensboro y nos metimos entre un maremágnum de coches con oficinistas cabreados cuando pregunté:

— ¿De veras se había equivocado aquel tipo?

—Sí. Seguro que hablaba de una zorrita parecida a mí, pero yo jamás le había visto. Nunca.

— ¿Y por qué habías entrado allí?

—Fue un error.

— ¿Qué clase de error?

—Tenía sed y pensaba que se trataba de un bar de otra clase.

—Otro día aprenderás, nena.

—He pasado un miedo terrible... Podían haberme violado allí mismo. Todos aquellos tipos parecían drogados.

—Lo estaban, nena.

Atravesamos por la parte media de Manhattan sin que yo le hubiese metido mano aún. La razón era sencilla: yo necesitaba sujetar el volante con los diez dedos para que no se me cayese. Nos metimos en el Midtown Tunnel.

Ella gimió:

—Lo peor es una cosa.

— ¿Qué?

—Voy cachonda.

Me estremecí.

—Eso tiene fácil arreglo, nena.

— ¿Tú dispones de una habitación donde podamos estar juntos?

—Sí, pero está sitiada por los acreedores y además cae al otro lado de la ciudad.

—Lástima. ¿En este lado de Jersey City los hoteles admiten parejas?

—Supongo que no, pero hemos dejado atrás algunos bastante útiles. ¿Volvemos por el otro lado del túnel?

—No vale la pena. Vamos a casa.

Ya ven ustedes.

Uno es una persona moral, intachable, no quiere líos, y de repente se los encuentra hechos.

— ¿Sabes por qué me has puesto cachonda? —musitó.

— ¿Porqué?

—No has dejado de acariciarme con el codo.

—Ya decía yo que todos los coches se me venían en dirección contraria —gemí.

Pude evitar en el último segundo que un camión se me desplomara encima, enderecé el volante, alcé la cabeza, dejé de meter el codo entre las piernas de la chica y, en fin, conduje como el tío frío, circunspecto y respetable que soy. Menos mal que en aquel momento no tenía puesta la radio con onda pesquera, porque de lo contrario hubiese oído todos los mensajes de la policía, alguno de los cuales quizás se refería a mí.

—Ya ha pasado el Midtown Tunnel.

—Se ha metido en dirección prohibida por la Calle Cuatro.

— ¡Atrapadle!

— ¡Al cabrón! ¡Al cabrón!

¿Quién será ese?, pensé.

Un camión me tapó por completo cuando dos patrulleros cruzaban aullando por la otra calle, buscando a alguien. Me metí en un pasaje lateral sin saber cómo. La chica dijo de pronto:

—No sé si te gustará el sitio para hacer el amor.

— ¿No? ¿Por qué?

—Mira. Es aquí.

Y me señaló la pequeña tienda pintada de negro. Un gran rótulo con letras amarillas decía:

## CREMATORIO FUNERARIO ROOSEVELT

La leche.

Pero había parking en el interior y yo necesitaba huir de la policía de tráfico. Nos colamos dentro.

Yo pensaba solamente en un polvete con música de réquiem.

Bueno, después de todo sería una experiencia nueva.

Estaba bien lejos de imaginar que ni polvete ni nada.

Bien lejos de imaginar que allí empezaba todo.

## Capítulo II

### LA SEÑAL DEL MÁS ALLA

El ambiente era depresivo.

Había una capilla vieja, donde los parientes del fiambre rezaban durante la cremación, una sala de espera para los que no quisieran entrar en la capilla, un bar para los desanimados, un cuadro horrible al que el cabrito del autor había titulado *La última ceniza* y una siniestra exposición de jarros para colocar lo que quedaba del pájaro después de la ceremonia, incluidas las cáscaras de las pelotas. Allí era donde la feliz viuda decía Este, y se quedaba tan pancha pensando que más por el marido ya no se podía hacer.

Pero lo que presidía el ambiente, lo que daba sentido a todo aquello era el enorme horno, capaz de alcanzar una temperatura de cuatro mil grados, y cuya boca se abría en la misma capilla. Por allí era introducido el ataúd destinado a la desaparición eterna mientras la gente cantaba alabanzas al Señor. Yo me sentí atacado por toda una serie de negras aprensiones.

—Oye, no pensarás quemarme el pito... —pregunté.

—No es mi costumbre.

—Ni querrás que lo hagamos ahí dentro...

—Tengo un sitio mejor.

—¿Vives aquí?

—Sí —dijo la ninfa.

—¿Cuál es tu trabajo?

—Jefe administrativo.

—¿Y cuántos empleados tienes a tus órdenes?

—Solo yo.

—Entonces ten cuidado con los otros —dije—. Te robarán el ascenso.

—Eso me temo.

—Oye, lo curioso es que sé de qué color tienes el pelo de aquel sitio, pero ni siquiera conozco tu nombre.

—Me llamo Linda Raines. ¿Y tú?

—Phil Camer.

— ¿A qué te dedicas?

—Seguros.

— ¿De qué?

—Te vas a reír —dije.

—Yo me río muy poco. ¿De qué son esos seguros?

—De entierros.

—Pues más bien tienes pinta de boxeador que de eso otro. Oye, por cierto, debes ganar dinero. La gente de Nueva York suele asegurar sus gastos de entierro, y ese es un mercado fácil.

—Te equivocas, Linda. El negocio de esas compañías consiste en que se asegure mucha gente, pero que se muera poca.

—Claro.

—Sin embargo dicen que yo soy gafe. La Compañía no me quiere pagar. Llevado por mi brillante espíritu profesional, aseguré a todos los individuos de una fábrica con quinientos empleados. Para chuparse los dedos, oye... ¿Y qué pasó? Que a la semana siguiente se incendia la fábrica y mueren doscientos. Con la póliza, la Compañía perdió casi un millón de dólares. Me aconsejaron que me dedicara entonces a los seguros marítimos, y en efecto, aseguré los entierros de todos los pasajeros de una nave de la Cunard. A la mañana siguiente abro el periódico y me entero de que el barco se ha hundido cerca del Delaware, que han muerto noventa y cinco personas y que ni siquiera un cadáver se lo han comido los peces, de modo que habrá que pagar todos los entierros. ¿Qué hago? Por consejo de mis amigos me dedico a los seguros aéreos. Me dicen que, aun en caso de siniestro, los cadáveres quedan tan deshechos que no hay ni que enterrarlos. Es una ganga. Voy y aseguro a todos los viajeros de un Jumbo de la Eastern Airlines. Aún no he salido del aeropuerto cuando el Jumbo se pega un trazo al despegar y mueren noventa pasajeros, pero todos sentados y con el cinturón de seguridad puesto, de modo que hay que pagarles el sepelio. Resultado: la Compañía me echa.

—No puede decirse que hayas tenido demasiada suerte —musitó Linda mientras me miraba—. ¿Y a qué clase de seguros piensas dedicarte ahora?

—Quisiera asegurar a los empleados de una central nuclear —

dije—, pero hay un problema.

— ¿Cuál?

—El presidente de la Oficina Federal de Seguros ha hablado con el presidente Carter.

— ¿Y...?

—El presidente Carter ha dicho que si hago ese seguro me echa del país.

Linda me miró sin saber qué decir. Naturalmente que le hubiera gustado darme una solución, pero la pobre no encontraba ninguna. Al fin, con una lógica muy femenina, y sabiendo que hay un ejercicio que lo cura todo, exclamó:

—Vamos al asunto.

Y se subió las faldas.

Estábamos en su habitación, una habitación modesta pero limpia.

Me lancé al ataque, pero como soy un hombre delicado le quise dar antes un poco de conversación.

— ¿Hacéis muchas cremaciones aquí? —susurré, quizás para entrar en calor.

—No muchas. El negocio da poco.

— ¿Tú le ocupas de esos sucios detalles?

—Naturalmente que no. Yo solo anoto los nombres de los difuntos, fecha de entrega de las cenizas y facturación. También resuelvo algunos asuntos con los bancos, pero el trabajo no es demasiado. ¿Qué tal vas por ahí abajo?

Yo le estaba besando los muslos.

—Me quemo —susurré.

—Pues sube un poco más arriba, hombre.

Fui a obedecer.

Soy un buen chico.

Pero en aquel momento oímos un estruendo en la habitación de al lado.

Me incorporé.

Aún no sabía si Linda Raines era casada. A lo peor, su marido estaba allí con una escopeta de cañones recortados.

Pero ella me tranquilizó bajándose las faldas y musitando:

—Ya está. La hemos hecho buena. Se acaba de caer una de las jarras.

— ¿Jarras de qué? —dije.

—De cenizas, hombre.

—Maldita sea... ¿Pero las tenéis ahí al lado?

—Solo las de un par de personas que nadie ha venido a recoger, hombre.

Salió de la cámara del amor y yo la seguí. En efecto, la habitación contigua a su dormitorio era una especie de despacho-almacén. Había unos estantes con varios objetos y dos hermosos jarrones funerarios, solo uno de los cuales permanecía en su sitio. El otro había caído al suelo, a consecuencia de alguna vibración, y las cenizas estaban medio esparcidas por las baldosas.

Confieso que yo nunca había visto un muerto convertido en una especie de cigarrillo Camel.

No sontos nada, oiga.

Una cosita gris que, de todos modos, ocupa bastante espacio. Con un peso de dos o tres kilos, diría yo. Todo lo que es una vida, unas ilusiones, unos amores, unas facturas sin pagar, unas multas por mal aparcamiento y ya está, mire usted, una cajita gris que total cabe en un jarrón de los que se regalan a la suegra. Todo lo que se me había empinado se me bajó. La vida es una coña.

Pero se me bajó aún más cuando oí gritar a Linda Raines.

Cuando de su garganta escapó aquel chillido de muerte.

\* \* \*

Ella balbució:

—Un crimen...

Su voz había sido apenas un soplo después del chillido. La miré. No entendía nada.

— ¿Por qué dices que es un crimen? —pregunté mientras sentía frío en la espina dorsal—. Yo no veo nada.

—Yo sí. En primer lugar, aquí hay más cenizas que las que corresponden a una persona. Entiendo de eso.

—Pero el que no entiende nada soy yo, nena.

Noté que estaba obsesionada. El horror palpitaba en sus labios. Y entonces la sensación de mi espina dorsal se hizo más intensa, hasta obligarme a darme cuenta de que allí había algo que helaba la sangre.

—Han repartido las cenizas de un cadáver entre varias urnas —bisbiseó ella, pensando en voz alta—. Una manera muy segura y

práctica de hacer desaparecer para siempre a una persona. De ese modo, nadie lo puede notar.

Añadió, con una expresión que no parecía la suya:

—Dios mío, y además yo sé quién era la persona a la cual han metido aquí...

—Eso es imposible.

— ¿Por qué, Phil?

—Nadie puede saberlo.

—En eso confiaban los que hicieron eso. El procedimiento más sencillo del mundo, ¿verdad? Y el más barato.

Intentaba conservar la lucidez, pero yo notaba que estaba aterrada, que hasta las paredes le daban miedo.

— ¿En qué lo notas? —susurré—. Aquí solo se ven unas cenizas, unas manchas grises... Nada, en resumen. Todo ha ardido.

—Menos el titanio.

— ¿Qué?

Me señaló una pequeña pieza de metal. Era torneada, suave y redonda. Parecía una de esas piezas de los aparatos que los sordos se aplican tras la oreja. Que pasara desapercibida era fácil, pero con Linda no ocurrió.

— ¿Esa pieza es de titanio? —musité.

—Sí.

—Pues se trata del único metal que aguanta varios miles de grados...

—Por eso no se ha consumido.

— ¿Y... y para qué sirve? ¿O para qué servía?

—Era una pieza de repuesto en el oído interno de una chica a la que hicieron la trepanación. Consideraron que el titanio, material que forma parte de los aviones supersónicos, era el único que cumplía los requisitos exigidos.

Me estremecí.

— ¿Conocías a esa chica? —pregunté, con voz que no era la mía.

—Sí. Se llamaba Nora Bowl. Yo la conocía muy bien y... y desapareció hace una semana.

— ¿Pero entonces quieres decir que...?

—Repito que era una forma muy sencilla de hacerla desaparecer.

—Una forma en la que estarán mezclados los dueños de este negocio.

Linda Raines vaciló como si fuese a caer. Seguro que era la primera vez que pensaba en aquello. El mundo pareció dar una vuelta en torno suyo.

—Phil —musitó—, tengo que irme de la ciudad.

—Al contrario, vas a quedarte. No hagas nada que llame la atención.

— ¿Qué quieres decir?

—No me parecen tan seguras tus deducciones. En caso de haberse cometido un asesinato y una ocultación de restos, no hubieran dejado ahí la urna como si tal cosa.

—Al contrario, esa es la prueba.

— ¿Prueba de qué?

—De una idea preconcebida. Han mezclado las cenizas con las de una persona que nadie reclamará. A veces pasa. Alguien paga la factura de la cremación de un ser al que ha estado unido, pero al que no amó jamás y luego ya no se preocupa ni del entierro de las cenizas. ¿Para qué? Lo que le interesa es borrar hasta los recuerdos. En ese caso, nosotros mismos las arrojamos al mar, pero antes hay que esperar un tiempo por prescripción de la ley. Esta es la causa de que las cenizas estén ahí.

—Y, cuando desaparezcan, habrán desaparecido «legalmente», ¿no? Incluso tú serás testigo de que se han cumplido todos los trámites.

Linda bisbiseó:

—Sí... Pero nadie contó con ese pedacito de titanio. Nadie contó con que yo lo conociera.

—Ni con que se cayera el jarrón —musité—. ¿Te das cuenta de que soy un gafe?

—Phil, nadie sabe que tengo amistad contigo —susurró ella, mientras me sujetaba los hombros con expresión aterrada—. Nadie conoce tu coche ni podrá saber en qué dirección hemos huido... Sácame de aquí... Por Dios, sácame de aquí...

—Lo haré —prometí, mientras sentía sinceramente que su miedo me impresionaba—, pero déjame un pequeño margen de tiempo.

— ¿Para qué?

—Quizás no sea verdad lo que tú piensas, después de todo.

— ¿Qué quieres comprobar?

Retruqué con otra pregunta:

— ¿Dónde vivía Nora Bowl?

—En Manhattan, junto a Washington Square. Calle Veintiséis, esquina Broadway, octavo piso de un edificio de apartamentos llamado Belgravia. El nombre de la chica aún debe estar en la puerta.

Dije:

—Iré.

— ¿Qué tratas de hacer, Phil?

—Por Dios, recoge eso y actúa como si no hubiera pasado nada. Cuando tus jefes vuelvan, que no noten la más mínima anormalidad. Yo comprobaré si Nora falta efectivamente de su domicilio y luego te llamaré con alguna solución. ¿Recoges tú las llamadas de los clientes?

—Habitualmente sí.

—Pues entonces fingiré que quiero encargar algo y hablaremos, de forma que solo tú y yo nos entendamos. Por favor, Linda... Actúa con naturalidad.

Linda dijo que sí, pero tenía los ojos anegados en lágrimas.

Y como era sobre todo buena chica, me preguntó:

— ¿No vamos a echar un polvo, Phil?

— ¿Polvo? —pregunté yo, mirando lo que había en el suelo.

La verdad: pienso que Linda tenía que haberlo preguntado de otra manera.

Hice el gesto que hubiera hecho para imitar la imagen de un rábano caído y me largué de allí.

Esta vez no encontré a nadie moviendo la bragueta en mi coche, pero en cambio vi que habían dejado una nota en el parabrisas. Al girarla leí:

DESGUACES JIMENEZ.

ESTAMOS A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Dije:

—Mierda.

Y me dispuse a volver a Nueva York para afrontar el tráfico de la tarde. Lo más probable era que mi bólido se me quedara parado a mitad del Midtown Tunnel, pero ¿quién sabe?, a lo mejor tenía suerte.

### Capítulo III

#### EL PRECIO DE MIS HUESOS

La tuve.

Llegué entero a Broadway, cruce con la 26, en las cercanías de Washington Square. Ya estaban dadas las seis de la tarde y era noche cerrada. Hacía frío. La ciudad en aquella zona se iba quedando vacía, porque los oficinistas más o menos afincados en Wall Street se habían ido rápidamente a sus casas, a mirar en santa paz la televisión mientras sus esposas les decían que eran unos gandules y unos cabrones. Circulaban pocos coches, y el mío llamaba tanto la atención por su vejez como si tuviera encendida una luz roja.

Me metí en el edificio.

No era de lujo, desde luego. Se trataba de un bloque de oficinas, vacío a aquella hora, donde vivía algún que otro despistado. A veces hay gente que instala una cama en una oficina tronada y vacía porque es más barato.

El conserje no estaba para nadie. Limpiaba unos cristales al fondo mientras vigilaba atentamente los muslos de la chica subida a una escalera y que limpiaba los de más arriba. Pasé y me metí sin problemas en el ascensor.

Resultó sencillísimo encontrar la puerta. Y, en efecto, allí estaba la plaquita con el nombre: «Nora Bowl.»

Entré sin problemas. Soy experto en forzar cerraduras con un alambre, y la de aquel piso era un modelo la mar de simple. Cierta vez que estuve en la cárcel por haberme trabajado a la mujer de un guardia mientras el guardia me ponía una multa, aprendí todos los trucos.

Pero los problemas empezaron luego.

Un poco más allá de la puerta.

Cuando alguien me golpeó la cabeza con una barra de metal recubierta de goma mientras mascullaba:

— ¡Por la ventana, John! ¡Por la ventana!

Caí como un fardo mientras mi cerebro se llenaba de millones de

estrellitas.

\* \* \*

Cuando recobré el sentido no me habían lanzado por la ventana aún, pero estaba cerca. Noté que me hallaba tendido en el suelo y que todo me dolía. Dos caras de hombre estaban inclinadas hacia mí.

Las facciones eran brutales. Bastaba mirarlos un segundo para darse cuenta de que se trataba de tiburones de alguna organización. No habían venido allí precisamente para cobrar el alquiler o trasladar los muebles, y mucho menos para ofrecer estampitas de los sordomudos.

Uno de ellos dijo:

—Ya despierta, John.

—Vigílalo bien.

—Teníamos que haberlo lanzado por la ventana que da al patio interior. Nadie se daría cuenta hasta al cabo de dos días. Mañana es fiesta.

—Aún podemos hacerlo, pero primero hay que saber por qué está aquí.

—Para meterse en lo que no le importa.

—O no. Quizá es simplemente un amigo de Nora.

Estas voces llegaban a mí desde muy lejos, y supongo que los dos esbirros pensaban que no llegaba a oírlas. De lo contrario es posible que no hubieran hablado tanto. Pero precisamente por eso fingí estar peor de lo que estaba, lanzando un gemido y cerrando los ojos otra vez.

El llamado John balbució:

— ¿Lo has cacheado bien?

—Claro...

— ¿Nada de armas?

—Nada. La documentación indica que es agente de seguros.

—De acuerdo, vamos a sentarlo ahí.

Me levantaron en vilo y me dejaron desplomarme sobre un sillón. Los tíos tenían fuerza y se movían con seguridad, de modo que empecé a comprender que, cuando las cosas se liaran, nadie podría apostar un dólar por mis huesos.

Pero ya estaba allí y tenía que seguir.

Abrí los ojos.

John me lanzó a la cara partículas de saliva.

— ¿Quién eres, perro? —masculló.

—Yo no he... he hecho nada... —musité, mientras mi cabeza volvía a funcionar—. Solo quería robar un... un poco...

—De modo que un ladronzuelo de mierda, ¿eh?

No contesté.

El otro musitó:

—Nada de ladrón. Sus documentos dicen que es agente de seguros.

—Estoy sin trabajo —musité.

— ¿Desde cuándo?

—Hace casi un mes.

Se miraron. Sin duda no habían encontrado más que diez dólares en mis bolsillos, y esa era una buena prueba.

— ¿Es que en este país ya no queda nada por asegurar? —preguntó uno de ellos—. ¿Hasta vosotros estáis a la última?

—Otros se ganan la vida, pero yo no he tenido suerte —farfullé.

— ¿Conoces a Nora Bowl?

— ¿Nora Bowl? ¿Quién es?

Supongo que no me creyeron. Lo de que había entrado a robar se lo tragaban cada vez menos, y además se notaba en sus caras que eran tíos de los que tiran por la calle de en medio en caso de duda. Por eso no me extrañó nada lo que decidieron unos segundos después:

—Vamos, muchacho.

—Los huesos de ese tipo no valen nada.

—Cuando aparezca su carroña ahí abajo ya la recogerán los de la Limpieza Municipal.

Lancé un gruñido.

Me di cuenta de que iban a enviarme en vuelo sin motor a través de la ventana. Y ni siquiera tendría el dudoso placer de estrellarme en una calle concurrida, sino en un oscuro patio vecinal donde, a lo peor, las ratas empezaban a devorarme la cara. Noté que me levantaban a la fuerza y me arrastraban hacia allí.

Mis pensamientos volaron.

Me acometió la más siniestra desesperación.

Pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que allí tenía que haber

algo muy importante, algo terriblemente grave, porque de lo contrario no me hubiesen despachado con tanta ligereza. Querían eliminar obstáculos y no les importaba nada más, señal de que allí se estaba jugando algo grande.

Vi la ventana muy cerca.

Nadie iba a ser testigo de mi cochina muerte.

Pero aunque tenía los brazos sujetos, tenía las piernas libres, de modo que jugué con ellas. Lo que quizás no hubiera sabido hacer nunca, lo conseguí en aquel momento de absoluta desesperación. Como mis propios enemigos me sostenían, alcé las piernas y di una vuelta de campana invertida, quedando de pie entre los dos tiburones. Claro que hubiese podido romperme los brazos, pero las mangas de mi americana hicieron que les resbalaran los dedos. Sentí un tremendo dolor, como si los huesos se me fueran a partir, pero cuando mis zapatos tocaron el suelo me di cuenta de que aún los tenía intactos. Me di cuenta también de que sentía vértigo y de que parecía como si la sangre me fuese a salir por las orejas.

Los dos esbirros no me habían soltado, pero me miraban con asombro. Durante un segundo que pareció una eternidad, no se movieron. Mi gesto les había sorprendido tanto —porque ya me veían volando por la ventana— que no supieron qué pensar. Pero antes de que transcurriera ese segundo, yo ya me había movido otra vez.

Arree un punterazo a los huevos del tío que tenía a mi izquierda.

Mala cosa los huevos.

El tío lanzó un grito que ni que se le hubiera roto la cáscara.

Y yo juraría que la yema le salió por la boca.

Me soltó porque le temblaban las manos. Dijo no sé qué de mi madre mientras llevaba la derecha a la funda axilar, pero todo el cuerpo se le estaba estremeciendo y fue increíblemente lento.

Pude volverme hacia el otro.

Ese también me había soltado.

Pero era para llevar la derecha a la funda axilar con más rapidez que su deshuevoado compañero.

Por supuesto, tenía la guardia baja.

Eso me permitió darle un golpe de karate con el borde de la mano abierta en la parte anterior del cuello.

Escupió la primera papilla en forma de chorro lanzallamas

Se acordó de mi madre.

Y yo de la suya.

Y la mía debía estar más gorda, porque el tío empezó a trastabillar mientras se llevaba angustiosamente las manos a la garganta. Quizá le había roto la tráquea, no lo sé. El caso era que ahora disponía de un pequeño margen para enfrentarme a mi primer enemigo, y lo aprovecharía bien.

Quizá en otras circunstancias no lo hubiera hecho

Pero las personas somos un misterio. La desesperación me daba fuerzas que antes no había tenido. Bruscamente sujeté al tipo por la mandíbula y lo envié salvajemente hacia atrás, hacia la ventana que tenía a menos de un paso.

Un brusco empujón en la mandíbula deja muy pocas probabilidades para recuperar el equilibrio. El tío chocó con los cristales y los hizo pedazos. Cuando pudo apoyarse en algo, se apoyó en el alféizar de la ventana, basculando sobre el vacío.

Yo no podía dudar.

O mi vida o la suya.

Todo dependía de un cochino segundo.

Pues entonces mi vida.

Leches, no tengo otra.

Le sujeté las piernas que se balanceaban en el aire y tiré de ellas hacia arriba. El difícil contrapeso de su cuerpo cedió hacia atrás y el tío salió rodando ventana abajo mientras se oía en la noche un grito de muerte. Pero ellos sabían muy bien que, a aquella hora, todas las oficinas estaban vacías.

El que estaba a mi espalda lanzó una maldición con su garganta rota. Dejó de sujetársela para llevar otra vez la derecha a la funda axilar.

No le di tiempo.

Lo primero que se me ocurrió fue sujetarle la mano derecha con mi izquierda, para inmovilizársela, y el pelo con mi derecha. De ese modo pude empujarlo hacia adelante como si fuese un fardo.

Hice el movimiento de alguien que carga una palada de arena en un camión.

El tío salió despedido.

Vio la ventana.

O quizá no llegó ni a verla.

Intentó sujetarse a uno de los lados, pero sus dedos resbalaron y además yo le di el último empujón. Ahora estaba detrás de él y tenía todas las ventajas. Vaciló durante algunos segundos que se me hicieron interminables y durante los cuales vacilé, pues sentía una especie de oscuro asco de mí mismo.

No hubo necesidad de darle ningún empujón más. El tío se desplomó solo. Oí su grito ululante mientras se lo tragaban las sombras de la noche.

Nada tan anónimo y sucio como morir en un bloque de oficinas de Nueva York, la víspera de un día de fiesta. Ni los gatos se enteran de que acabas de reventar. Cuando algún cabrón viene a revisar el aire acondicionado el lunes, ya estás convertido en mojama. Y eso era lo que aguardaba a los dos tiburones, o sea, exactamente el mismo destino que habían querido darme a mí.

Pero aún no me había acostumbrado a la idea. Todo estaba sucediendo con tal rapidez que no lo creía. Vi una bandeja en un rincón con vasos y una botella de whisky, me aticé un trago y luego me pasé el dorso de la mano por la boca.

Paseé la vista en torno mío.

Pronto me di cuenta, por el ambiente, de que Nora Bowl había sido una de esas mujeres que no tienen un domicilio fijo en ningún sitio. Una cama, unas sillas, una estantería para libros y un par de mesas para el magnetófono y la máquina de escribir eran cuanto al parecer necesitaba. Había aprovechado un hueco en un bloque de oficinas de Nueva York pero quizá mañana aprovecharía un hueco similar en un bloque de oficinas de Hong Kong o de Manila. Su ciudad, su casa eran el mundo entero. Y lo entendí mejor cuando vi en una de las paredes un título de doctorado en Periodismo que había sido expedido por la Universidad de Filadelfia.

Bebí otro trago.

Demonios. Quizá empezaba a haber algo claro allí.

Quizá Nora Bowl era periodista libre, es decir, *free lancer* en el idioma de la prensa. Quizá eran de las que entrevistaron a Van Thieu cuando era el dictadorzuelo de Vietnam y lo entrevistan hoy cuando se ha convertido en un tendero de comestibles en los Estados Unidos. Quizá buscaba las raíces del tráfico, de armas para los países africanos. O los caciques de la trata de blancas en Beirut. O los misterios de un sindicato del crimen en los Estados Unidos.

¿Era eso?

Mi propia pregunta vibraba en el aire.

¿Un «sindicato del crimen» en los Estados Unidos?

Gente que cobra por matar ha existido siempre aquí. Es una de las ventajas que tiene este país tan adelantado, oiga usted. Porque usted puede pagar a un marica en Chicago, para que liquide a otro marica en Houston. Y si el asesino no dirá jamás quién ha soltado la pasta, menos lo dirá el muerto. Un tío desconocido baja un día de un avión de la «Delta Airlines» en Nueva Orleans, mata a un pájaro a quien no había visto jamás y se marcha en el próximo avión para Kansas City. Cosas así siempre han ocurrido en este agradable país.

Pero un servicio comercial de tal calibre puede mejorarse.

Ideas no fallan. ¿Y si alguien ofreciera también al cliente la ventaja de una completa y absoluta desaparición de la víctima?

Leches, era una posibilidad:

Llamé a Linda Raines a la funeraria y me contestó que no la molestase ahora. Que el jefe acababa de llegar y le estaba ofreciendo quinientos dólares para tirársela.

## Capítulo IV

### PULVIS ERIS, PULVIS REVERTERIS

De todos modos, fui.

Mi coche aguantó el trayecto hasta Jersey City, aunque ya el tráfico era mucho menos intenso. Cuando entré en la funeraria, esta ya había cerrado, pero Linda Raines estaba en el despacho haciendo horas que a lo mejor cobraría y todo. No se veía a nadie más allí.

Lo primero que hice fue abrirle el bolso.

Nada de quinientos dólares.

Respiré hondo.

Me jeringa que la gente se vaya tirando por ahí chicas a las que yo no he podido hacer nada.

Linda musitó:

— ¿Es que pensabas que iba a aceptar?

—Nunca se sabe. ¿Por qué no lo has hecho?

—Porque yo soy una chica muy moderada. Solo me acuesto por cincuenta dólares.

—Me gustan las putas baratas —dije, pensando que eso era un elogio.

Por poco me atiza con un jarrón con cenizas funerarias y todo. Luego puso las piernas sobre la mesa, me enseñó hasta arriba sus muslazos imponentes y susurró:

— ¿Qué ha pasado?

Se lo conté.

Mientras lo hacía, palideció intensamente. Sus ojos se fueron haciendo turbios hasta perder toda expresión de vida,

—Nunca imaginé que pudiera ocurrir esto —musitó.

—Pues ha ocurrido, aunque tenemos un margen de tiempo para reflexionar porque no descubrirán los cadáveres hasta el lunes, y además estoy seguro de que los amigos de los muertos no querrán remover mucho el asunto ante la policía. Saldrían demasiadas historias sucias. Hasta es posible que encuentren algún testigo que declare que aquello fue el resultado de una pelea entre los dos tíos.

— ¿Quieres decir que la policía va a tragarse que se pelearon y cayeron los dos?

—Al menos es posible que le den todas las facilidades para que se lo trague. Pero no es eso lo que más nos importa ahora. Lo esencial es saber el porqué.

Las facciones de Linda se nublaron completamente, hasta hacerse borrosas.

—Abandonemos esto, Phil —musitó—. No sigamos por este camino.

—Me temo que ya no podemos abandonarlo. Los amigos de los muertos engañarán a la policía, pero no querrán engañarse ellos mismos, lo cual quiere decir que averiguarán por todos los caminos quién ha hecho el trabajo, y al final de uno de esos caminos estaré yo. Y quizá tú también. En las vidas de los hombres y las rutas de los aviones hay un punto que se llama punto sin retorno, un lugar donde las únicas ventajas están en seguir adelante, porque no se puede volver atrás.

— ¿Quieres decir que nos buscarán de todos modos?

—Seguro que sí, y por eso hemos de ser más rápidos que ellos. Lo malo es que no sabemos siquiera quiénes son ellos. ¿A qué se dedicaba Nora como periodista?

—Buscaba grandes reportajes.

—Eso es lo que me imaginaba. Y luego los vendía, ¿no?

—Ese era su medio de vida. Y por eso habitaba en cualquier lugar del mundo donde pudiera estar la gran noticia.

— ¿Qué gran noticia buscaba en Nueva York?

—No lo sé, nunca me lo dijo.

— ¿Tal vez el Sindicato del Crimen?

—Imagino que no. Sobre el Sindicato ya se ha dicho todo.

—Pero tal vez ha mejorado sus servicios

— ¿Qué servicios?

—Imagina que, además de matar a la víctima, la hacen desaparecer del todo. Eso tiene sus ventajas, ¿no? Entre otras cosas que, según la ley, nunca se podrá acusar a nadie de un crimen puesto que jamás aparecerá el cadáver.

Sus ojos borrosos adquirieron un poco de luz. Estaba nerviosa. Mientras entreabría un poco las piernas, con lo cual me enseñó aún más cosas, musitó:

— ¿Estás pensando en... en lo de las cenizas?

—Imaginemos que todo está ligado, Linda. Que una organización de asesinos a sueldo instala como negocio una funeraria de mala muerte, y nunca mejor empleadas las palabras. A esa funeraria llegan fiambres para la incineración, atraídos entre otras cosas por los precios beatos. Los parientes de los difuntos siempre piensan en eso.

—Cierto. Imaginémoslo —dijo ella con un hilo de voz.

—Vamos a suponer que llegan diez cadáveres legales, pero ellos tienen otro ilegal, o sea, los despojos de una persona asesinada. Vamos a suponer que la queman también y reparten sus cenizas entre las otras urnas. ¿Quién diablos lo nota?

Linda bisbiseó:

—Nadie...

—En efecto, de no ser por la pieza de titanio que Nora llevaba en su cuerpo, ni siquiera tú que trabajas aquí hubieras llegado a sospechar la verdad. El procedimiento para los asesinos es seguro y fácil. Esta funeraria es la tapadera que encubre el último y más selecto servicio del Sindicato del Crimen. Pero supongamos que Nora había husmeado la verdad y estaba tras ella.

—Es... es posible.

—La liquidan, la queman y se deshacen de ella con la más tranquila impunidad. Pero luego piensan un poco y llegan a la conclusión de que hay que hacer un buen registro de su apartamento (quizá habrían hecho ya algún otro con anterioridad) para no dejar allí ninguna prueba escrita. Están en ese delicado trabajo cuando llego yo. Y los dos pajarracos vuelan por la ventana. La lástima fue que no se me ocurriera ofrecerles un seguro antes.

— ¿Pero entonces es posible que yo esté trabajando en... en...? — balbució Linda.

—Sí. Es posible. ¿Quién manda aquí?

—El señor Roberts.

—Pero el nombre es Funeraria Roosevelt...

—Ese es el nombre comercial. De todos modos, yo siempre he conocido al señor Roberts dando órdenes. Quizá pusieron el nombre de Roosevelt en honor al antiguo presidente de los Estados Unidos.

—Pues vaya forma de honrar su memoria... ¿Qué clase de gente visita a Roberts?

—Gente de toda clase.

—O sea que el negocio le permite tener los contratos que quiera, ¿no?

—Efectivamente.

—Y recibir cadáveres de toda clase.

—Sí.

—La combinación perfecta —dije—. Vamos a tu casa mientras hablamos de qué modo hay que seguir la pista.

Linda descabalgó las piernas de la mesa, se ajustó las medias y dijo:

—Vamos.

Tenía una casa pequeña en Brooklyn. Un apartamento de dos habitaciones donde había una cama, que era lo único importante.

Linda Raines, muy modosita ella, se desnudó nada más entrar.

Yo creí que iba a la ducha.

Siempre pienso bien, cuando se trata de chicas.

Pero Linda se volvió a preguntarme:

— ¿Es que vas a hacerlo vestido, carcamal?

Yo di un salto hacia adelante.

Lo hicimos de cualquier manera, pero lo hicimos.

Lo único malo fue que ella, al terminar, mientras encendía con movimientos voluptuosos un pitillo, me pidió cincuenta dólares.

\* \* \*

A la mañana siguiente fui al Registro Mercantil.

¿Saben ustedes lo que es el Registro Mercantil?

Bueno, cuando un pajarraco funda una sociedad o monta un negocio con todos los requisitos legales, lleva una escritura fundacional a ese santo sitio, y allí la inscriben. De ese modo los bancos —y cualquier persona— pueden saber quién es el dueño de un determinado negocio, cuál es el capital social, quién puede firmar cheques en su nombre y todas esas cosas. Sin el Registro Mercantil, la mayoría de los arreglos comerciales de un cierto nivel serían imposibles.

En fin, que me largué allí.

Había polvo y moscas muertas por todas partes.

Al fondo de la sala vi a un fulano amarillento que estaba muy quieto ante uno de los librotes. Quizá llevaba muerto más de una

semana y nadie se había dado cuenta.

Pedí el libro donde estaba la Funeraria Roosevelt. Un jovencuelo que se había estado acariciando la bragueta por debajo de la mesa me lo dio. Le dejé que continuara y le deseé buen provecho.

O yo estaba muy equivocado o los de la funeraria lo habrían hecho todo dentro de la más estricta legalidad, para no dejar ni un resquicio a la policía. En efecto, encontré la Funeraria Roosevelt, cuyo apoderado general era un tal Roberts. De ese ya me había hablado Linda al decirme que daba las órdenes. Pero la propietaria —y no el propietario, como había supuesto— se llamaba Lorna Roosevelt, y vivía en cierto modo fuera de los Estados Unidos: vivía en Puerto Rico, que como se sabe es Estado Libre Asociado, aunque todo el mundo tiene la sensación de que el Tío Sam abre cada vez más la boca para tragarlo.

Anoté la dirección.

Estaba en la zona de Santurce. Y aunque eso no me dijo nada de momento, imaginé que se encontraría en algún sector elegante de la ciudad.

Por lo tanto tomé una decisión.

Fui con mi bólido a una casa de coches usados.

Le dije a Linda que estuviese dentro mientras yo hablaba con el dueño.

Le pedí al tío quinientos dólares.

El tío me los dio.

Linda y yo echamos a correr.

El dueño empezó a gritar:

— ¡Maricón! ¡Devuélvame el dinero! ¡Su coche no vale nada! ¡Yo pensé que era con la chica dentro!

Pero ya no le oímos. Nos estábamos largando a toda velocidad.

Por supuesto que el pajarraco intentó perseguirnos.

Pero no pudo hacerlo.

Ninguno de sus coches funcionaba.

## Capítulo V

### LAS PIERNAS DE LA SEÑORA LORNA

Quinientos pavos no dan para mucho, pero tampoco dan para nada. Con ellos pude tomar un avión de la Delta Airlines hasta Miami, y luego otro de la Prinair hasta San Juan de Puerto Rico. Para una rata urbana como yo, acostumbrada a la basura perfumada de Nueva York, todos aquellos paisajes eran incomparables.

De todos modos, la Prinair no acabó de ser una compañía de la que pudiera fiarme. Con sus pequeños vuelos a islas menores, como las Vírgenes o Santa Cruz, se arma unos líos de espanto. Aterricé en San Juan como pude acabar posado en un árbol de la Isla Culebra. Pero, en fin estaba vivo y podía seguir trabajando en aquella maldita cosa.

San Juan es estupendo, oigan.

Se lo recomiendo para sus primeras vacaciones.

Paisajes estupendos.

Buenos hoteles.

Buenas bebidas, entre ellas una piña colada que echa humo.

Tíos amables.

Tías buenas.

Lástima que las tías buenas a disposición del respetable público abundan menos de lo que uno piensa, creyendo que todo es cuestión de desabotonarse y... ¡hala!

La gente descubre que allí el amor tiene sus ritos, sus calmas, sus pausas. Que no es un encuentro de perros en un hotelucho de Nueva York. Pero ¿qué quieren que les diga?, a mí un polvete rápido con la encargada de la gasolinera mientras me llena el depósito, tampoco me parece tan mal. A las ratas urbanas que siempre vamos deprisa, las ceremonias nos cansan.

Me alojé en el Carib-Inn.

Buen sitio.

Desde mi habitación se veía la piscina.

Y desde el vestíbulo descubierto se oían los coquis, esos extraños renacuajos nocturnos que cantan cada noche como los pájaros y que se oyen en todas partes, pero sin que resulte posible verlos.

Nada más llegar me aticé un trago de ron Granado que por poco me tumba.

Luego traté de meterle mano en el trasero a una camarera.

Ella por poco me pilla los cinco dedos con la puerta.

Hice entonces un rápido recuento de mi dinero.

Y un rápido resumen de la situación.

Estaba en la zona de Isla Verde, junto al aeropuerto internacional, una de las partes en que se divide la ciudad de San Juan. Casi allí mismo empezaban los límites del condado de Carolina. Más hacia el centro encontraría la zona de Santurce. Y más allá, Puerta de Tierra y el viejo San Juan, que es en realidad un pedazo de Andalucía o de Extremadura, el único lugar aún no contaminado por Norteamérica. Pero yo no tenía tiempo para dedicarme a esas sutilezas.

Comprobé la dirección de Lorna Roosevelt.

Me puse mi mejor camisa.

Me equipé con un cuchillo.

Una ganzúa para abrir toda clase de puertas.

Un paquete de preservativos.

Nadie sabe lo que puede pasar.

Bañado por la luz blanca del Caribe, tomé un taxi y me hice conducir a la casa de la dueña. Resultó ser un chalet precioso, cerca de la zona donde está el Caribe Hilton. Estaba rodeado de verde, rodeado de flores, rodeado de colores y de luz. Aquello era vida, amigos, aquello sí que era la puta vida.

Traté de pasar.

Un perrazo enorme salió a mi encuentro y quiso saber, en plan agresivo, dónde estaba situado mi testículo izquierdo. Pude saltar a tiempo y darle un preservativo a ver qué pasaba. El tío se lo engulló.

Luego vino el criado.

Debía de pesar unas doscientas cincuenta libras, o sea, sus cien kilitos bien puestos.

La mala leche le salía hasta por las orejas.

Si aquel tío te muerde, necesitas alquilar una avioneta para ir cuanto antes al Laboratorio Antirrábico.

Masculló:

— ¿Quién es usted?

—Vengo de Nueva York —dije.

—Nueva York es muy grande.

— ¿Sí?

—Y tiene muchos tíos mierdas.

—Gracias por el saludo. Yo necesito hacer una reclamación contra la Funeraria Roosevelt.

—Aquí nada tenemos que ver con eso.

—Pues Lorna Roosevelt vive en esta casa.

—Ella no se ocupa de nada. ¿Quiere un consejo?

—No.

—Se lo daré de todos modos. Corra detrás del primer taxi y se ahorrará el peaje, vaya a Isla Verde, tome el primer avión y vuelva a Nueva York. Allí póngase ropa limpia y pida hablar con el señor Roberts.

—Es el señor Roberts quien me envía aquí —mentí.

— ¿Cuándo le dio el recado?

—Ayer.

—Absurdo.

— ¿Por qué?

—Porque el señor Roberts murió anteayer —me dijo el tío.

Quedé helado.

Aquello podía ser verdad.

El tal Roberts podía perfectamente haberla palmado el último día que yo estuve en los Estados Unidos.

Mi vacilación debió resultar notable, porque el tío se dio cuenta de que me había atrapado en todas. Masculló:

—Le daré otra cosa que no es un consejo.

— ¿Pues qué es?

— ¡Esto!

Me la atizó de lleno.

El terrible guantazo por poco me entra por un pómulo y me sale por el otro. Mis tímpanos cambiaron de sitio y mis ojos se pusieron a titilar.

Pero me mantuve quieto, cosa que el buitre seguro que no

esperaba.

Cuando serví en los marines, fui *sparring* de boxeo porque así daban algo de dinero extra. Y me atizaron tantos guantazos que ahora me dan con una apisonadora y el único efecto que me produce es que tengo ganas de tomarme un vermut.

Dicen que los boxeadores tarados no sienten los golpes.

Bueno, yo debo de estar taradísimo.

El tío masculló:

—Te daré otro.

Y se movió.

No le dejé tiempo.

Venía sin cubrirse.

Angelito.

Disparé el directo de izquierda.

Y luego el gancho de derecha.

Y el codazo de mala baba.

Y el rodillazo de propina.

El tío hizo:

—UUUUUUPPPP...

Salió disparado hacia atrás y atravesó con el cuerpo un seto de flores que separaba la entrada de la casa del recinto de la piscina. Y entonces la vi. Mis ojos volvieron a hacer tilín y, sin pensar en nada, seguí al caído.

Ella estaba allí.

Tendida al borde del agua en una *chaise-longue* de bambú. Sorbiendo delicadamente zumo de piña con una pajita.

Chupando, vamos.

Me mareé.

Llevaba años sin ver una tía como esa.

La combinación de juventud, belleza, buenos alimentos, masajistas cuidadosos, peluqueras expertas y modistos meticulosos habían producido aquella especie de milagro de mujer. Me bastó con mirarla para comprender que para conseguir la belleza absoluta no basta solo con estar chipén, sino que además hace falta ser rica.

Además, no llevaba nada encima.

Pelota pura, oiga.

El especialista en bikinis debía haberse roto los sesos y arañado el pito pensando qué dos piezas le sentarían mejor a aquella dama,

pero ella las había abandonado al borde de la piscina como si no sirviesen para nada más. Cuando me vio acercarse ni siquiera se movió, a pesar de que sabía muy bien que me lo estaba enseñando todo.

Bueno, sí que se movió.

Se pasó la pajita húmeda por el pelo de abajo, como si se rascase.

Miró al guardaespaldas que estaba hecho una filfa sobre la hierba y susurró:

— ¿Lo has hecho tú?

—Yo mismo.

— ¿Y solito?

—Ujú.

— ¿Cómo te llamas?

—Phil.

—Mucho gusto, Phil.

Y me atizó con el pie derecho en mitad de las piernas. Porque a pesar de ir desnuda no iba descalza. La muy zorra llevaba unos zapatos blancos de tacón que realzaban aún más su figura espléndida. La fina puntera me hubiese dejado capón si no llego a apartarme a tiempo.

Pero me aparté y además la sujeté por el tobillo.

Tiré de la pierna hacia arriba.

Vi la rajita.

Ella hizo: ¡Ay!

Y se fue piscina abajo.

Cuando reapareció en la superficie, yo me estaba bebiendo lo que quedaba del zumo de piña, aunque sin usar la pajita. Con las cosas de las mujeres, soy muy meticuloso.

Me miró con odio.

— ¿A qué has venido aquí? —preguntó mientras salía.

—Busco a Lorna Roosevelt.

—Soy yo.

Lo imaginaba, pero de todos modos no pude evitar un gesto de sorpresa. La chica cada vez me parecía más guapa y más distinguida, y por eso me costaba tanto asociarla a una funeraria de mala muerte (con perdón) como la que tenía instalada en aquel suburbio de Jersey City.

—Quiero hablar contigo —musité.

— ¿De qué?

—Sube y nos lo tomaremos con calma. Espera, te ayudaré.

Lo hice mientras el gorila empezaba a recuperarse a nuestra espalda. Estuvo a punto de atacar, pero Lorna le hizo una leve seña para que no interviniera y el tipo se alejó mientras decía no sé qué de lo que cobraba mi madre en una casa de mujeres llamada La Chelo. No me ofendí.

Sé muy bien que mi madre acostumbraba a cobrar el doble.

Lorna, a todo esto, ya se había puesto en pie, saliendo de la piscina. El agua daba a su cuerpo una excitante tonalidad dorada. Con gestos llenos de indiferencia, recogió las dos piezas del bikini y se las puso, con lo cual yo perdí una serie de interesantes perspectivas. Pero hay que reconocer que un poco de misterio también les va bien a las chicas.

—Pasa —dijo.

Entramos en la villa.

Como casi todas las mansiones elegantes de Puerto Rico, estaba pintada de blanco y rodeada de vegetación. Constaba de dos plantas. La de abajo estaba casi enteramente ocupada por una inmensa sala de recibir y de estar donde se alineaba la más singular colección de objetos exóticos que he visto en mi vida. Uno de los más exóticos, desde luego, era la gran chimenea, que con el clima caribeño no habría que encender nunca.

Por lo demás, las paredes estaban cubiertas de pieles de tigre, león, zorro y todas las variedades de la caza. También distinguí un rincón con flores tropicales y una especie de gran jaula de cristal donde vivían mariposas gigantes. Pero lo que más me llamó la atención fue la enorme, casi inmensa pecera de cristal donde un hombre se hubiera podido bañar, y donde más de tres docenas de peces se movían lánguidamente, como si siguieran el compás de una música.

Todo aquello producía un efecto fascinante y temible a la vez, como si uno hubiese entrado de pronto, sin quererlo, en algún rincón de la selva.

Pero quizá lo que más me llamó la atención fue el diploma colgado de una de las paredes, un diploma donde se reconocía a Lorna Roosevelt como detective privado con facultad para ejercer su profesión en cualquier ciudad de los Estados Unidos. El diploma

había sido visado también por el gobernador de Puerto Rico.

Eso indicaba sencillamente que Lorna era un detective.

Quedé sin habla.

— ¿Qué esperabas que fuera? —preguntó ella—. ¿Una cortesana?

—Tienes más pinta de eso que de otra cosa —musité.

—En todo caso sería una cortesana de las que tú jamás podrías pagar. Por la calidad de tu traje y la marca de tus zapatos, se ve que eres un muerto de hambre.

—No puedo comprarme unos Lotusse —dije—, ni puñetera falta que me hacen.

Se secó con una toalla y tomó asiento, o más bien se estiró, en un diván blanco que estaba tapizado con una tela esponjosa. Los grandes y sólidos pechos le desbordaban la pieza superior del bikini, pero yo, cosa extraña, solo tenía ojos para la enorme pecera, para las evoluciones de aquellos seres silenciosos que de pronto se habían puesto a mirarme fijamente a través del agua.

—Adoro los peces —explicó ella. Y enseguida añadió educadamente—: Bueno, ¿a qué has venido, cabrón?

—Quería conocerte.

— ¿Por qué?

¿*Por qué?* Yo mismo me lo preguntaba una y cien veces, sin dar con la respuesta.

Verdaderamente me había arriesgado mucho al plantear las cosas de aquel modo, dando la cara, pero ese era el único camino que yo me sentía capaz de seguir. Conocer a la dueña del crematorio era el primer paso, sin el cual no podría dar los siguientes. Busqué febrilmente una excusa para mi visita, y un par de segundos después comprendí que el azar acababa de dármele.

—Roberts ha muerto —musité, recordando la frase del gorila al que dejé K.O.

— ¿Y qué?

—Él era el gerente de la Funeraria Roosevelt, que es tuya.

—Mejor. Así tendrá el entierro gratis.

— ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir para su funeral?

—La Funeraria Roosevelt es un negocio en el que apenas pienso —susurró ella mientras acariciaba a través del agua el lomo fugitivo de los peces—. No da beneficios. Pensé que sería un buen asunto, pero acabaré vendiéndola. ¿Te interesa comprarla?

— ¿Y qué ganaría con eso?

—Tener también el entierro gratis —me dijo sibilamente.

Me estremecí. Había algo de misteriosa verdad en cada una de las palabras de la mujer. Sus ojos brillaban al sol que entraba tamizado en la habitación, y me perforaban como flechas.

—Lo pensaré, Lorna.

—Bueno, ¿qué tenías tú con Roberts, después de todo?

—Me debía dinero —mentí.

— ¿Mucho?

—Diez mil dólares.

Fue una cifra lanzada al azar. Pensé que, después de aquello, seguiríamos hablando y le sonsacaría cosas. Pero Lorna Roosevelt demostró tener un temple que yo no esperaba. Me cortó en seco y me dejó sin excusa válida cuando hizo aquel gesto. Con la mayor indiferencia abrió una caja de nácar, extrajo un fajo de billetes y me lo tendió.

—Ya me enviarás los comprobantes —dijo—. Creo en tu palabra.

—Supongo que... Bueno, imagino que querrás un recibo.

—Claro que sí. Puedes escribirlo en esta misma tarjeta, en el dorso. Di que te comprometes a nada más pedir ni reclamar a la Funeraria Roosevelt.

Escribí lo que ella me decía, pero casi con rabia. Ahora no tenía ninguna excusa para seguir allí ni para interrogarla. Tampoco podría dar vueltas por las inmediaciones de la casa, porque ahora vigilaría bien o en todo caso llamaría a la bofia. Acababa de darme cuenta de que, con lo de detective privado, Lorna tenía una tapadera respetable, del mismo modo que era una tapadera respetable la funeraria de Nueva York. La ley estaba de su parte y yo no era allí más que un piojo al que se le había echado de comer.

Guardé los diez mil machacantes. Jamás un dinero ganado con tanta facilidad me había gustado menos.

— ¿Y bien...? —preguntó ella.

—No tengo nada más que pedir.

—Entonces adiós, cariño —musitó.

Y me acompañó hasta la puerta.

Me estaba dando por el saco bien dado.

Menos mal que, ya en el jardín, quiso compensar, y la muy mamona se me pegó a los labios como si allí estuviera esa chispa de

la vida de que habla la Coca-Cola. Me dio un beso como para caer a la piscina los dos. Le noté la lengua dentro de la boca hasta que me hizo cosquillas en la garganta.

Pero luego la muy puerca lo echó todo por tierra diciendo:

— ¿Ves como te convendría llevar un traje de mejor calidad?

— ¿Por qué?

—Romperás por delante los pantalones.

Era verdad.

Leches.

Intenté disimular aquella cosa indisimulable.

Pero ya nada podía hacer allí, de modo que me largué. Cualquier relación más o menos justificada con aquella mujer quedaba rota a menos que yo le dijese lo que sospechaba, lo cual era imposible. Tendría que buscar otro sistema, aunque de momento había ganado diez de los grandes y encima me había dado el gran lote de verle la rajita entre las piernas.

Fue entonces, de pronto, cuando lo entendí todo.

Mierda.

Los diez de los grandes no iban a ser para mí durante mucho tiempo. Seguro que ella no los perdería.

Los recuperaría sobre mi cadáver en cualquier rincón de la isla. Era lo bastante lista para comprended cuál era el motivo de mi visita y no perdería la ocasión.

Apenas había llegado a la calle cuando me di cuenta de que mis temores iban a ser realizados.

Todo empezó con aquel revólver Magnum de seis tiros.

Con el cañón apuntándome a los ojos.

## Capítulo VI

### UN LIGUERO COLOR LIMÓN

—La visión de aquella pieza digna de un acorazado me dejó sin aliento en el primer instante, aunque en el fondo ya lo esperaba. Tanto que apenas me di cuenta de que el Magnum salía de la ventanilla de un coche que acababa de detenerse a mi lado, y que la culata la empuñaba la mano de una mujer.

Me fijé entonces mejor.

Y, cosa extraña, me fijé más en la tía que en el petardo.

Era una hembra digna de mención.

Yo tengo suerte con las tías.

Puede decirse que no me tiro ni una.

Pero las veo de todos los calibres y todos los colores, y algo es algo.

La que me amenazaba era una mulata, y si ustedes no han visto las mulatas de las Antillas les aconsejo que tomen el primer avión y al menos vayan allí a recrearse la vista. Se pasan, o sea, que envejecen antes que las blancas, pero cuando están en sazón son como una fruta a punto de estallar. Y esta hubiera ganado un campeonato, por lo que a causa de la mala calidad de mi traje estuve a punto de romper los pantalones otra vez.

Ella lo notó.

—Es la primera vez que veo que a un tío se le empina delante de un Magnum —susurró—. Debes ser un caso raro de perversión sexual. Hala, sube.

Sus argumentos eran de lo más sólido.

Primero porque me estaba encañonando con aquel petardo.

Segundo porque me estaba enseñando las piernas.

Y la combinación era diabólica, porque sobre su piel tostada llevaba un vestido color limón y unas medias y un liguero del mismo color. Pensé que los fotógrafos del Playboy eran tontos si no se les había ocurrido nunca cazar con sus máquinas una

combinación semejante.

La tía guiaba un Ford Granada.

Salimos a toda velocidad.

Yo ya conocía un poco de la topografía de aquel lado de la isla para saber que íbamos hacia el condado de Carolina. Dejamos atrás la elegante zona del Hilton, pasamos ante el Hotel Condado y el Centro de Convenciones, que es seguramente el mayor del Caribe, y desfilamos ante una serie de casas proletarias rodeadas de flores y bañadas por el sol. Hasta entonces, la muñeca del ligero color limón no me dirigió la palabra.

Pero la situación seguía siendo comprometida para mí, porque era una mujer asombrosa. Al tener el coche cambio automático, no necesitaba más que una mano para guiar el volante, y con la otra no había dejado de encañonarme ni una fracción de segundo. Y digo que ella era asombrosa no por lo de la mano libre, que estaba al alcance de cualquiera, sino porque jamás he visto un pulso tan firme y una mirada tan fija. Conducía sin mirar a la carretera, como si estuviera dotada de radar, y el único objeto de su observación era yo. Tuve la sensación de que me iba a clavar una bala entre las cejas sin pestañear siquiera.

Y eso me hizo ver las cosas de diferente modo. No había tenido suerte al encontrar a aquella pájara, en contra de lo que creí. Tanto que incluso dejé de mirarle las piernas.

Pasamos ante Plaza Carolina, el supermercado más grande que existe en todo el Triángulo de las Bermudas.

Y entonces vi el motel. Debía de ser un sitio para parejas, porque estaba bastante alejado de las rutas principales y había que ir directamente a él. Cuando nos detuvimos, no tuve la menor sorpresa.

Se detuvo ante una de las habitaciones, la más aislada, sin pasar por recepción.

Sin duda era cliente y tenía ya la llave. Sin dejar de encañonarme, susurró:

—Baja y acércate a la puerta. Quiero verte las manos unidas a la espalda. Si haces un solo gesto que no me guste, te envío al infierno.

No tenía motivos para llevarle la contraria, de modo que obedecí. Cuando estaba a dos pasos de la puerta, me arrojó la llave a los

pies, sobre la mullida hierba.

—Abre y entra, pero ten en cuenta que voy pegada a tus talones. Si quieres morir, no tienes más que pedirlo.

Abrió. De ese modo, la desconocida tenía las dos manos libres. Notaba el roce del Magnum en la columna vertebral, produciéndome una especie de cosquilleo.

Tuve una sorpresa al ver que no había nadie más en la habitación, porque yo estaba seguro de que iban a liquidarme allí. Por el contrario, aquello parecía un nidito de amor con sus espejos y todo. La chica cerró a mi espalda y dijo quedamente:

—Acerca la mano ahí.

Había una esposa colgada del pomo de la puerta. Lo tenía pensado todo. Apenas había acercado la mano cuando la argolla se cerró sobre mi muñeca.

—De acuerdo —dije—, no hay para tanto.

— ¿No hay para tanto en qué?

—Ya devolveré los diez mil dólares.

Dio la sensación de que no me entendía. Lo único que hizo fue aligerarse de ropa un poco, como si tuviera calor. Se quedó sencillamente con las braguitas y las medias, braguitas que también eran de color limón como todo lo otro. Y tan transparentes que se me secó instantáneamente la boca.

Pasó al cuarto de baño.

Su actitud era extraña. No parecía tener la menor prisa en matarme ni en hacer que yo escupiera los diez mil dólares.

La vi mientras, con la puerta abierta, se impregnaba de colonia fresca la piel color café claro, sin descuidar un buen chorro en el pubis. Yo estaba fascinado por su figura, pero llegó un momento en que no entendía nada. Dentro del panorama que había imaginado, no había nada que cuadrara.

Mi mirada paseó sobre los objetos de la habitación y se detuvo en la mesa central. Había allí varios periódicos, todos abiertos por las páginas que daban una sola información. El de titulares más resonantes era tal vez El Mundo, el diario de más circulación de la isla. Decía en primera página: NO ESTABAN ASEGURADOS LOS BRILLANTES MULLIGAN. Los otros diarios eran yanquis, incluso había un New York Times. Este anunciaba a dos columnas: LOS MULLIGAN ROBADOS HACE UNAS HORAS ESTÁN TASADOS EN

UN MILLÓN DE DÓLARES.

Arqueeé una ceja.

Bueno, ¿y qué?

Entre los Mulligan y yo había un millón años-luz de distancia.

Los brillantes más famosos del mundo, tal vez, custodiados en una caja fuerte de alta seguridad. Había oído hablar de ellos, como muchas personas que jamás tendrán en su poder una cosa así. Pero no los hubiera vuelto a recordar jamás de no haber visto los titulares escandalosos de todos aquellos periódicos.

Por lo visto, era la única noticia que interesaba a la ninfa. No debía haber leído nada más.

Salió del cuarto de baño y vino hacia mí.

Olía a lavanda.

A carne joven y fresca.

A tía buena.

Las medias color limón estallaban bajo la presión tensa de las piernas.

—De acuerdo —volví a decir—, ya me había hecho a la idea de que no conservaría esos diez mil pavos durante demasiado tiempo. Te los devolveré.

— ¿Qué diez mil pavos?

Tragué aire.

— ¿Tú no estás de acuerdo con Lorna Roosevelt? —balbucí.

—Hemos hecho algunos negocios juntas. Como no cabe duda que has hecho negocios tú. Muchos negocios.

— ¿Quéééééé...?

—Más vale que no disimules. Tú eres el sustituto de Roberts.

—Oye, nena, me parece que aquí hay un lío. Tú has apuntado hacia un sitio y yo hacia otro.

— ¿Tú no eres el sustituto de Roberts?

—No.

—Entonces, ¿por qué te ha dado ella aquel beso? Lo he visto desde la calle. Estaba vigilando porque no me cabía la menor duda que el sustituto de Roberts vendría pronto, y al verte salir me he dado cuenta de que eras tú. Por eso te he hecho venir hasta aquí con la caricia del Magnum.

Los dos estábamos asombrados. Yo pensaba que me había atrapado para hacerme escupir los diez mil machacantes, pero

resultaba que era por otra cosa. ¿Cuál? Al infierno si lo sabía, pero no cabía duda de que la situación había surgido al creermela una persona de mayor confianza para Lorna Roosevelt. Es decir, si Lorna era el número uno, yo podría ser algo así como el número dos. Eso, al menos, pensaba la tía del ligero color salvaje.

—Ese beso me lo ha dado simplemente para demostrarme que es una mujer de clase —murmuré—. Pero no significa nada más. Seguramente eso te ha hecho creer que yo soy algo así como su principal agente.

— ¿Y no lo eres?

Retruqué con otra pregunta:

— ¿Esto es un secuestro, nena?

—Podríamos llamarlo así.

— ¿Y qué demonios buscas con eso?

—Tener la seguridad de que Lorna Roosevelt me permitirá salir del país. Tú eres mi rehén. Si Lorna me plantea problemas, te volaré a ti la tapa de los sesos.

Suspiré con desaliento. Estaba visto que yo iba de lío en lío, pero al menos ahora empezaba a entender.

—A Lorna Roosevelt no le importará en absoluto que me vuelas la tapa de los sesos, nena —musité—. Para ella no soy nada. Simplemente basura que ha salido de las ratoneras del Tío Sam. Si lo que pretendes es utilizarme como rehén, vas dada, chata.

La mulatita no palideció porque las mulatitas no palidecen, pero noté que sus labios temblaban.

Estaba desconcertada. Me di cuenta de que, aún sujeto por una argolla, yo era en aquel momento el dueño de la situación.

—Podrías empezar por decirme tu nombre, preciosa —sugerí.

—Me llamo Beira.

—Beira ¿qué más?

—Desde Rio Grande para abajo me conocen por Manos de Seda.

— ¿Con tanta suavidad sabes tú tocársela a un tío?

Me miró de soslayo, yo creo que con odio.

Y entonces comprendí.

Manos de Seda...

¡Por todos los diablos!

Claro que sí... No había nadie más hábil para abrir las cajas de caudales, por seguras que estas fuesen. Había estado varias veces

procesada, pero sin que los delitos pudieran probarse jamás. Especialista en el robo de joyas, cada vez que era detenida iniciaba una espectacular huelga de hambre como protesta, y al final acababa siendo absuelta. Las joyas presuntamente robadas nunca aparecían.

Eso estaba, sin duda, relacionado con la noticia que de forma tan llamativa imprimían los periódicos.

Beira adivinó mis pensamientos.

—Piensan que los he robado yo —dijo.

— ¿Los brillantes Mulligan?

—Sí.

— ¿Quién piensa eso?

—Lorna.

— ¿Y a Lorna qué le importa?

—Mucho. Me había encargado de este asunto. Íbamos a partes iguales. Ella me había facilitado ciertos datos indispensables para cometer el robo, y yo tenía que cometerlo.

— ¿Y has fracasado?

—Sí.

—Pero, según se dice ahí, los Mulligan han sido robados....

—Es mentira.

— ¿Por qué?

—Aprovechan mi presencia en Puerto Rico para endiñarme el mochuelo. Saben que solamente yo soy capaz de un trabajo así y que la policía creará enseguida en la veracidad del robo. Me extraña que no hayan venido aún a detenerme, aunque sin duda me están dando cuerda para buscar pruebas y que no pueda escapar esta vez. Pero yo no he podido robar los brillantes Mulligan porque la caja estaba ya vacía. Los han hecho desaparecer.

— ¿Quiénes?

—Los dueños, la familia Mulligan.

— ¿Y por qué habrían de hacerlo?

—Para cobrar el seguro. Algún periódico dice que los brillantes no están asegurados, pero sí que lo están. Esos ricachos podridos han visto una magnífica oportunidad para hacer negocio, aprovechando mi estancia en la isla.

Comprendí.

Mis ojos se habían enturbiado.

—Y Lorna también piensa que los has robado, ¿verdad? —  
susurré.

—Sí.

—Y te pide el cincuenta por ciento...

—Naturalmente.

—Pero tú no puedes dárselo.

— ¿Cómo se lo voy a dar?

Hice una mueca.

—Entendido, nena. Ya veo que has tratado de dar con un sistema para salir de la isla sin que los esbirros de Lorna te maten. Has pensado que yo puedo ser un rehén de toda garantía, ¿no? Pues acabas de meter la pata, Beira. Si yo estoy en Puerto Rico es precisamente porque quería ajustarle las cuentas a Lorna Roosevelt.

Vi que sus labios temblaban otra vez.

Y comprendí que se sentía perdida.

Me dio pena.

—Nada puedo hacer, preciosa, pero si está en mi mano protegerte hasta que salgas de Puerto Rico, lo haré.

— ¿Piensas que voy a creerte?

— ¿Y por qué no?

—Tú eres el sustituto de Roberts. No hay otra explicación.

—Has vuelto a meter la pata, Beira.

—Leches. Estás loco si piensas que voy a tragarme lo que tú me digas. De momento te quedarás aquí.

— ¿De momento? ¿Hasta cuándo?

—He de hablar con Lorna.

Y fue hacia el teléfono.

Lo tenía muy cerca de donde estaba yo.

Ya saben: una mano sujeta.

Pero la otra seguía estando libre.

La tendí.

Ella estaba de popa.

Discaba un número.

Le bajé las braguitas lo suficiente con la sola ayuda de dos dedos.

Beira sabía lo que iba a suceder.

La muy maldita.

Pero no se movió.

Les juro que yo tenía todo el cuerpo en tensión, puesto que la

argolla me impedía alejarme de la puerta.

Aquello no me llegaba.

Hice: Mmmmm... Hip... Mmmmm... Am.

Nada.

Ya podía estar la mesita del teléfono un dedo más cerca, cuerno.

Pero la mulatita debía ser miope, o al menos lo fingió. A fin de discar mejor, se inclinó tanto sobre el dial que casi lo rozaba con los ojos. Y, a consecuencia de eso tuvo que echar la retaguardia para atrás. Todo su cuerpo se arqueó. Llegué estupendamente.

Pero había tirado mucho.

No me daba cuenta de que mi derecha casi sangraba. Nadie se hubiera dado cuenta en aquellas circunstancias. Ella dijo, cuando alguien contestó a su llamada:

—Me he equivocado de número.

Y volvió a discar.

Yo hice: Mmmmm...

Fantástico.

Beira se equivocó dos veces más.

Yo estaba a punto de romper la puerta de tanto tirar de ella. El metal de la argolla se me había metido en la carne, pero no lo notaba. Al contrario, toda la habitación parecía vibrar. Solo nosotros dos existíamos en el mundo.

Por fin ella volvió a gemir:

—Me he equivocado de nú...nú...nú...número.

Yo no pude ni decir nada.

Hice: PLOP. Y por poco me caigo al suelo.

Beira se volvió poco a poco.

—Quizá, después de todo, tengas razón —dijo con los ojos brillantes como nunca.

— ¿Razón en qué?

—En que no eres el sustituto de Roberts.

Y me dejó libre.

Era una gran mujer.

Qué cuerno de Manos de Seda. Tenía de seda otras muchas cosas. Y yo me disponía a comprobarlo con los diez dedos cuando se abrió la puerta.

Fue un golpe brutal.

Y entonces me di cuenta de que todo había cambiado. De que

Beira y yo acabábamos de trasponer el umbral del infierno.

## Capítulo VII

### CENIZAS DE MULATA

Los cuatro tíos estaban allí.

Hijos de mala madre.

Bastaba verlos.

Al puerto de San Juan llegan tipos de todas clases, pero aquellos debían ser de los más podridos.

Solo les faltaba tener lepra.

Empuñaban pistolas que me parecieron Baretta, aunque no me quedó tiempo para fijarme en eso. Inmediatamente me di cuenta de que venían por Beira.

— ¡Salta! —aullé.

Había una ventana cerca.

Aparentemente lo teníamos todo perdido porque los invasores ya llevaban sus armas a punto, pero hubo algo que me permitió reaccionar en parte. Como sin duda esperaban encontrar sola a la chica allí, se sorprendieron. Vacilaron unos segundos y eso me permitió saltar hacia el Magnum que poco antes empuñara Beira.

Uno de los tres esbirros gritó:

— ¡Cuidado con él!

Fue su último deseo.

Me lo cargué limpiamente.

La corriente de aire que le hice entre la frente y la nuca no le debió sentar muy bien para la salud, porque el tío dio un salto hacia atrás, se agarró al pomo de la puerta y empezó a escupir sangre a dos metros de distancia. Por poco me fastidia el único traje que tengo.

Los otros habían girado hacia mí. Mejor dicho, solo lo hicieron dos. El tercero saltó sobre la mulata antes de que esta pudiera romper la ventana con su cuerpo.

No les dejé tiempo para apuntar.

El Magnum había girado en décimas de segundo. Y a aquella distancia no hubiese perdonado ni a un bisonte.

¡BANG!

Otra cabeza estalló.

Ahora la sangre llegó hasta la lámpara.

Lástima de motel.

Las paredes estaban recién pintadas.

Entonces salté hacia el cuarto de baño. Lo hice maquinalmente, de espaldas, guiado solo por el instinto.

No me quedaba otro remedio, puesto que ahora mi enemigo tenía todas las ventajas. Me estaba apuntando con su Baretta niquelada del nueve largo, y solo le faltaba apretar el gatillo. Yo no tenía tiempo de girar el Magnum.

Choqué de cabeza contra la bañera.

Me cargué las cortinillas.

Lancé una maldición tan brutal que hasta debió cambiar el color de las baldosas.

La bala pasó junto a mi cabeza y se llevó por delante la tapa del inodoro. Buen final. El tipo que acababa de disparar corrió hacia la puerta del baño para apuntarme mejor, ya que durante unos segundos me había perdido de vista.

Yo hice tres gestos casi simultáneos, tres.

Gesto número uno: arranqué las cortinillas de plástico.

Gesto número dos: las arrojé a la cara del que estaba entrando.

Gesto número tres: le disparé al vientre.

Mi enemigo no podía verme porque aún tenía las cortinillas encima de la cara. Envió dos balas por instinto, pero sin poder apuntar. Yo, en cambio, supe que le había despachado al ver la terrible contorsión de su cuerpo.

Pero me quedaba lo peor por hacer.

Tenía que salvar a Beira.

Oí entonces, en el momento de salir del baño, el tremendo estrépito de los cristales que saltaban. Beira debía haber podido atravesar la ventana, pero mis esperanzas de que se salvara duraron apenas unos segundos. Casi inmediatamente oí la detonación.

Y el grito de la muchacha.

Y me pareció ver la sangre saltar al aire.

La visión de la ventana rota me permitió saber lo que estaba ocurriendo. La mulatita acababa de saltar, pero el último de los esbirros iba tras ella. Era ese el que acababa de hacer el disparo.

Y había alcanzado de lleno a Beira.

Vi la sangre en la espalda de esta.

Y la vi correr también con sus últimas fuerzas hacia un coche que estaba próximo, un Chevy color rojo en el que quizá esperaba encontrar la salvación. Pero allí le aguardaba el final, aunque ella solo se dio cuenta cuando ya era demasiado tarde.

Un pájaro estaba al volante.

Sin duda era el que había llevado a los asesinos hasta allí y los esperaba a la salida con el motor en marcha.

Beira ya no pudo defenderse.

Se sintió brutalmente empujada hacia el interior del Chevy.

Lanzó un grito y de pronto solo se vio el balancear de sus piernas que se negaban a entrar. Pero el coche arrancó a toda velocidad con la portezuela aún abierta, haciendo que los neumáticos chirriaran como si fueran a estallar.

La chica desapareció. Desapareció también el Chevy. Solo quedamos el cuarto asesino y yo mirándonos a los ojos, durante unos segundos que se nos hicieron eternos, teniendo la absurda sensación de que estábamos en una isla desierta.

Pero eso no duró demasiado.

El pájaro estaba delante de mí.

Cabrón mal parido.

No lo pensé.

Tampoco lo pensó él, pero yo fui más rápido.

Con el Magnum le hice la trepanación.

Le clavé una bala entre las cejas.

Y tuve que hacer un respingo.

Nunca había visto salir tantos sesos juntos por el mismo sitio.

Y tuve miedo de que el dueño del motel, que ya venía chillando, me los hiciera comer a la vinagreta.

Me largué de allí.

\* \* \*

Para eso empleé el propio coche de Beira, dándome cuenta de que estaba metido en un callejón sin salida. En efecto, Puerto Rico es una isla, y en las islas uno no puede hacer milagros para escapar. Ni siquiera hace falta controlar las carreteras, basta con controlar los aeródromos y los puertos. En cuanto el dueño del motel

descolgara el teléfono, empezaría a perseguirme hasta la Guardia Nacional.

Sin embargo, curiosamente, no era eso lo que más me preocupaba mientras rodaba hacia San Juan a toda la velocidad permitida, que es la modesta velocidad de 30-50 millas. Lo que me preocupaba era la suerte que iba a correr Beira.

No me cabía duda de que la hermosa mulata estaba condenada a muerte.

Habían venido al motel a liquidarla. Debían saber que, de momento, vivía allí. Lo único que les fastidió fue darse de narices conmigo cuando esperaban encontrarla sola.

Pero ahora se la habían llevado malherida, y el destino de Beira estaba sellado. Acabarían con ella, pero ¿quién?

Tenía una sola respuesta para esta pregunta.

La orden de ejecución había partido de Lorna Roosevelt. Estaba bien claro que Beira quería escapar y que Lorna no estaba dispuesta a que escapase. Por lo tanto en Lorna Roosevelt estaba la clave de aquel cochino crimen, que íntimamente ligaba con el robo de los brillantes Mulligan. Era con Lorna Roosevelt con la que tenía que dar si alimentaba alguna esperanza de salvar a Beira.

Muy bien: dar con Lorna Roosevelt, pero ¿en qué sitio?

Ya no cabía duda de que a la casa de Santurce no me iba a poder acercar. Estaría perfectamente vigilada por los gorilas de Lorna, aparte de que ella quizá habría pedido protección a la policía. Tenía que buscarla en otros sitios.

¿Otros sitios? y

¿Mayagüez, la tercera ciudad de la isla, donde crecen los plátanos gigantes? ¿Ponce, la capital que aún parece arrancada de un pedazo de la vieja España? ¿Palmas de Mar, donde las palmeras casi llegan al borde mismo de las olas?

Porque Lorna podía tener un refugio en cualquiera de esos sitios y desorientar a un tipo como yo, que apenas conocía la isla más que a través de los mapas. Y que encima tenía a la policía tras sus huellas.

Buena situación para un tío como yo.

Comprendí que lo primero, si quería tener alguna posibilidad de romper el cerco, era cambiar de coche. Por eso me detuve, de camino, en el hotel El San Juan, cerca del sitio donde me alojaba.

No es mal sitio El San Juan, se lo aseguro.

Un *night club* que trata de imitar una gruta. Un vestíbulo de maderas nobles. Un casino donde la gente se deja la pasta que aún no ha ganado. Unas señoritas que te piden cincuenta dólares, pero que no están disponibles siempre que uno quiere.

Maldito si yo quería.

Lo que me interesaba era cambiar de bolido.

Di una vuelta para despistar, me deslicé luego por el paseo de palmeras y me colé en la playa de estacionamiento. Había allí un viejo Corvette de los que ya no ruedan por las autopistas del Tío Sam, pero que en Puerto Rico aún tienen clientela, debido al superior precio de los coches en la isla. La puerta estaba solo entornada, y las llaves de contacto dentro. En aquella isla de la paz, el dueño no pensaba que fueran a dejarle sin su bombonera rodante.

Di gas y salí.

Ahora podría desorientar durante algún tiempo a la policía, pero necesitaba cambiar otra vez de coche si ansiaba seguir libre. Mientras tanto, rodando hacia las zonas más pobladas, mis pensamientos eran un volcán.

Llegué al viejo San Juan sin haber resuelto nada y estacioné el coche en la calle Fortaleza, junto al palacio del gobernador. A poca distancia estaban las murallas de El Morro, donde los españoles se dejaron los últimos restos de su Imperio. Me perdí entre ellas porque sabía que allí, de momento, no me iban a buscar, pero no tardé en regresar y meterme en un bar de la calle del Cristo, donde imperaba el silencio y donde el calor no era tan sofocante.

Busqué en la guía telefónica.

Necesitaba saber si Lorna Roosevelt tenía alguna residencia más.

Y de pronto lancé una maldición.

Allí estaba.

Las letras saltaron a mis ojos como si estuvieran escritas en tinta roja.

FUNERARIA ROOSEVELT

La más selecta

## Capítulo VIII

### A MUERTE

Lo entendí con tanta claridad que no necesité seguir pensando. Era elemental dar con el paradero de Beira.

La habían llevado al horno crematorio.

Caso de no conocer lo que pasaba en Nueva York, yo no lo habría imaginado, pero ahora la solución saltaba a la vista. La quemarían y luego mezclarían sus cenizas con las de otros clientes que jamás sospecharían la extraña compañía que iban a tener.

Me estremecí al pensar que quizá la quemaran viva.

Y sentí que las zarpas del odio me atenazaban la garganta.

Todos los embrollos en que pudiera estar metida Beira, por ejemplo el asunto de los brillantes Mulligan, no me interesaban. Pero quería salvar a la muchacha. Quería evitar que aquella hiena de Lorna Roosevelt cometiera un nuevo asesinato.

Bebí un ron, pagué y me deslicé hasta el parking que está junto al lujoso hotel El Convento. Allí había visto yo antes un vigilante, pero el vigilante no estaba cuando me deslicé entre los carros. Uno de ellos, un Pontiac, también tenía puestas las llaves de contacto. Me colé en él, hice maniobra y salí.

Poco después abandonaba el casco viejo y rodaba en dirección al sitio donde Lorna Roosevelt tenía su funeraria. Iba a haber tomate.

Por estas.

\* \* \*

El Magnum me iba a servir de bien poca cosa porque no me quedaban balas, de modo que dejé de llevarlo metido entre la camisa y el pantalón y lo examiné mientras conducía con una mano. El muy maldito hacía efecto aunque estuviera descargado, de modo que al fin lo volví a guardar. Vi entonces el sitio donde estaba la funeraria Roosevelt.

Era un edificio cuadrado y siniestro en medio de un prado verde. Las palmeras le daban cierto aire de bunker tropical que excitaba la curiosidad. Más allá había un pequeño lago donde nadaban los cisnes, y todo el conjunto respiraba paz. Como entrada para el Más Allá, no era un sitio que inspirase demasiado asco.

Detuve el carro. Había una gran playa de estacionamiento con otros vehículos allí. No se distinguía ninguna carroza mortuoria.

Bajo el denso calor, atravesé el amplio espacio y penetré en el bunker. Un fresco olor a jazmines me recibió. El aire acondicionado funcionaba allí a la maravilla, quizá para que se sintieran mejor los muertos.

No había nadie en el inmenso vestíbulo, cuyas paredes estaban decoradas con coronas funerarias de bronce.

Un tío salió al fin de una garita y vino hacia mí.

Era un gorila.

Sonreía al mirarme porque pensaba que yo era un cliente, pero se le notaba el bulto de la pistola en la funda sobaquera como si allí llevase la paga de los últimos seis meses. Le faltó poco para mordirme.

— ¿Desea usted algún servicio, señor? —me preguntó en inglés.

—Quisiera ver a la señora Lorna Roosevelt.

—Lo siento, pero no está aquí.

—Se trata de algo importante, amigo.

Las facciones del gorila se endurecieron.

—Le he dicho que no está aquí.

— ¿Entonces dónde?

—Eso no lo sé. Y váyase a tomar por el puñetero saco.

Dije:

—Sí, señor.

Y moví las manos.

El que tomó por el puñetero saco fue él.

Por suerte para mí estábamos solos, de modo que nadie vio aquello. En los comandos de la Marina me habían enseñado que a un tipo se le puede dejar K.O. durante varios minutos con un solo golpe combinado, por ejemplo golpeándole en ambos lados del cuello con las dos manos cruzadas. Y eso fue lo que hice. Mis dos brazos se movieron con la fuerza de dos catapultas, aunque confieso que tuve suerte. Generalmente doy muy mal esa clase de golpes,

pero ahora me salió bordado. Se oyó un seco crujido y el gorila se derrumbó con los ojos en blanco.

El flujo de sangre al cerebro se le había detenido. Por un momento temí haberle matado, pero me di cuenta de que aún respiraba débilmente, de modo que no perdí tiempo con él.

Lo arrastré a la garita de donde había salido, lo dejé caer detrás de un asiento y le quité la pistola que llevaba en la funda sobaquera. Era una P-38 que parecía sacada de una joyería, de tan nueva y limpia que estaba. Pero aun así tenía un detalle cochino, y fue que en su culata distinguí tres muescas.

El tipo al que acababa de dejar K.O. era un asesino que además llevaba la contabilidad. Eso me indicó sin necesidad de palabras en qué clase de sitio me había metido.

Miré en torno y distinguí tres puertas. Elegí al azar la primera y la crucé mientras guardaba la pistola.

Delante de mí pude ver un despacho.

Era un sitio donde se trabajaba mucho.

La tía, con las piernas del todo abiertas, cabalgaba de frente sobre el vientre de un tío derrumbado en una silla.

Había que ver los movimientos de la grupa femenina.

El tío se derretía.

La tía debía ser una profesional experta, porque sus movimientos resultaban enloquecedores, arriba y abajo.

Yo me acerqué sin que me vieran.

Eso no resultó difícil, porque no estaban para nadie.

¡TLAS!

Fue un saludo afectuoso.

Hay que ver cómo sonó.

Le di a la tía con los cinco dedos en el centro de las nalgas.

Ella gimió:

— ¿Pero de dónde sacas tantas manos, Johnny?

El tío gritó:

— ¡Cabrón!

Al fin me había visto.

Tiró a la mujer por el suelo.

Peor para él.

Se le había acabado la cosa en el momento más importante.

Yo moví el puño derecho.

Lo tenía muy bien.

El tío congestionado, medio derretido y encima sentado en la silla. De modo que recibió lo que tenía que recibir. Lanzó un grito ronco mientras caía hacia atrás y su cara se llenaba de sangre.

Le acababa de destrozar el tabique nasal sin darme cuenta. O yo estaba en forma o aquel tío tenía la nariz tan floja que la iba a perder en cualquier esquina. Pero apenas acababa de deshacerme de él cuando oí que la mujer venía hacia mí por la espalda.

Me volví.

Estaba seguro de que iba a atacarme.

Y lo hizo.

Mostrándome lo que había entre sus piernas, dijo:

—Más.

Le dirigí una sonrisa de circunstancias.

—No puedo, nena, pero estoy seguro de que tú y yo llegaremos a un acuerdo.

— ¿Qué clase de acuerdo?

—Me explicas todo lo que sepas sobre este maldito antro y yo te doy una cita para el mes que viene.

— ¿Y qué haremos el mes que viene? —preguntó la ninfa.

—Para entonces ya me habré operado de la filmosis, imagínate.

Chirriaron sus dientes y me largó un guantazo.

Pude apartarme a tiempo. De lo contrario, me desloma.

Y entonces empuñó la P-38 porque no estaba dispuesto a pasarme el día allí. Dije con voz opaca:

—Más vale que os estéis quietos los dos, amigos. Vamos a hablar.

— ¿Hablar de qué? —susurró Johnny, mientras se pasaba una mano por la cara cubierta de sangre.

—Quiero saber quién administra esta funeraria.

— ¿Por qué?

—Quiero saberlo y basta.

El tal Johnny se dio cuenta de que era más prudente contestar. Con un chasquido de mandíbulas, dijo:

—La administro yo.

—Muy bien, entonces quiero saber dónde está el cadáver.

— ¿Qué cadáver?

—No estoy dispuesto a perder el tiempo, Johnny de las pelotas. Hablo de una mujer llamada Beira.

—Beira... —dijo con voz opaca, mirando al vacío—. Supongo que todavía no han llegado a quemarla... Espere, voy a hacer una comprobación.

Se volvió hacia un panel eléctrico que parecía un *planning*. Allí había diversas cuadrículas que se iluminaban al pulsar los botones, indicando la situación de cada asunto. Vamos que allí aparecían los cadáveres que estaban anunciados, los que ya habían pasado al horno crematorio y los que se habían ido de juerga. Por un momento me confió, pensando que al fin había llegado muy cerca de mi meta.

Hice mal.

No me di cuenta de que uno de los botones, al ser pulsado, ponía en juego la última carta de aquel buitre.

Bajo el panel salió despedida la pistola hacia su mano derecha. La tomó con un gesto febril.

Y se volvió lanzando un grito.

## Capítulo IX

### SIN SOLUCIÓN

Fue eso lo que le perdió: su propia ansiedad. Si el pájaro llega a volverse en silencio y con una sonrisa, yo no noto nada y me deja seco. Pero aquel sonido inarticulado y aquel gesto demasiado brusco me hicieron reaccionar en la última fracción de segundo. Apreté el gatillo antes de que el otro pudiera poner su arma en línea de tiro. La vida y la muerte estuvieron separadas apenas por un parpadeo, pero fui yo el que gané. De todos modos, el muerto no pudo quejarse.

Estaba en el mejor de los sitios: en su propia funeraria. Allí le atenderían enseguida.

La P-38 es un petardo de los que producen efectos mortales, porque su bala tiene un terrible poder de penetración. Vi que el pájaro abría desmesuradamente los ojos mientras un tercer orificio se marcaba entre sus cejas.

Me volví instantáneamente.

Pero la chica no aprovechaba la situación. Se estaba terriblemente quieta, había palidecido mucho y había juntado las piernas, lo cual debía ser en ella un signo de que las cosas iban muy mal.

Más allá de la puerta, el disparo no parecía haber llamado la atención. Seguro que el gran vestíbulo continuaba vacío, aunque el tipo al que antes dejé K.O. no tardaría en dar la alarma. Por eso no tenía un minuto que perder.

La chica me miraba fijamente. Balbució:

— ¿Por qué...?

—Es largo de explicar, nena, y además tú misma has visto que no he tenido más remedio que clavarle una bala. Pero puede que me largue enseguida a tomar viento si tú me ayudas un poco.

— ¿Ayudarte en qué?

—En primer lugar, dime si es cierto que Johnny era el administrador de esta casa de la muerte.

—Sí...

— ¿Es cierto también que ha ingresado el cadáver de una chica llamada Beira?

—No.

Pestañeé sorprendido. No esperaba la respuesta.

—Él ha dicho que iba a comprobarlo en ese *planning* eléctrico — musité.

—Sabía que no. En realidad era una trampa para poder mover el botón que expulsa una pistola cargada. No ha entrado ningún cadáver en las últimas cinco horas, o al menos ninguno que haya ido al horno crematorio.

—No lo entiendo... Eso cambia las cosas. ¿Pero tú cómo lo sabes?

—Soy la secretaria. Secretaria para todo, si te parece, pero además de mover lo que tengo entre las piernas, también me entero de las cosas que pasan aquí.

—Entonces sabrás quién es Beira.

—Oí que la dueña la nombraba en una conversación telefónica.

— ¿La dueña? ¿Lorna Roosevelt?

—Sí.

— ¿Qué decía?

—Que había hecho no sé qué trabajo y que ahora se quería quedar con los beneficios.

Yo sabía muy bien que el trabajo era el robo de los brillantes Mulligan, pero no solté una palabra sobre eso. Tuve la sensación de que la secretaria deseaba librarse de aquel asunto y me estaba diciendo la verdad. Susurré:

— ¿Ordenó algo con respecto a Beira?

—Imagino que a esa chica, sea quien sea, no le espera nada bueno. Ordenó a sus hombres que dieran con ella.

—Pues yo te diré algo más. Y no son imaginaciones. A Beira la han matado y la han traído aquí.

— ¿Por qué habían de traerla?

— ¡Maldita sea! Porque esto funciona exactamente igual que la funeraria de Nueva York. ¡Es la parte más importante del Sindicato del Crimen que dirige Lorna Roosevelt! ¡A ver si te enteras de una vez, puta cachonda! ¡No solo liquidan a la gente, sino que la hacen desaparecer por toda la eternidad! ¡Mezclar las cenizas de un muerto ilegal entre las de ocho o diez muertos legales es un sistema

tan seguro que solo les falló por pura casualidad! ¡Y estoy convencido de que con Beira han tenido que hacer lo mismo, de modo que ESTÁ AQUÍ!

Sin darme cuenta estaba zarandeando a la chica. Sabiendo que cada segundo contaba, los nervios empezaban a fallarme. Con el zarandeo, el vientre de la chica chocó contra mi vientre un par de veces, pero no pasó nada. Eso indica lo mal que un servidor de ustedes había llegado a estar. Mi sorpresa creció al ver que ella negaba.

—No está aquí —susurró—, te lo juro.

—Pero ¿la van a traer para quemarla?

—No. Tampoco.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Te lo demostraré de dos modos. Mira.

Movió un dispositivo en el panel eléctrico, pero ahora aquello no ocultaba ninguna trampa. Una pantalla conectada al circuito privado de televisión se encendió, mostrando enteramente la gran sala de recepción de los fiambres. Solo había tres allí, y ninguno de ellos era el de Beira. Pude convencerme plenamente.

—Lo podéis tener en otro sitio dije.

—Pero no lo podemos quemar.

—¿Qué quieres decir?

—Esa es la segunda demostración que quería hacerte. Ven.

Abrió otra puerta y me condujo por una escalera de caracol hasta los sótanos. Vi que entrábamos en una capilla similar a la de Nueva York, aunque algo más alegre. Quiero decir que no parecía la nave de una fábrica. Al igual que en la otra, la boca del horno que hacía desaparecer para siempre a los seres queridos se abría a un lado del altar.

Y mi linda amiguita, que aún llevaba el culo al aire, tiró hacia atrás de aquella tapa para que yo viese el interior. Todo estaba apagado y oscuro. El horno daba la sensación de no haber funcionado en bastante tiempo.

—Como ves, aquí no está siendo quemado ningún cadáver —musitó—, y tampoco se prepara ninguna cremación. Este sistema es muy parecido a los altos hornos que fabrican el acero: cuesta mucho alcanzar una temperatura de trabajo. Si tuviéramos prevista alguna cremación, el horno estaría encendido a fin de que se fuera

calentando.

Era una explicación lógica. A Beira no la habían traído allí. Pero entonces, ¿dónde estaba? ¿Quizá la interrogaban aún en algún sitio antes de acabar con ella?

También eso era lógico. Querrían saber dónde demonios había escondido los brillantes Mulligan, si es que los robó.

Pero algo fallaba allí. Beira estaba muy malherida cuando se la llevaron a la fuerza en el coche. Pensar que lograrían sacarle una palabra era soñar. Muy posiblemente estaría ya muerta.

Y el cadáver ¿qué?

¿De qué modo pensaban librarse de él, si no empleaban el truco del horno crematorio?

Mis pensamientos eran cada vez más confusos cuando oí a la chica respirar ansiosamente. Sin duda tenía miedo de lo que le pudiera pasar y también estaba a punto de perder los nervios.

—No voy a comprometerte más —dije—. ¿Por dónde puedo largarme?

—Me temo que es difícil, pero hay un camino.

— ¿Cuál?

—Es el único que no estará vigilado.

—Maldita sea, dílo de una vez.

Me señaló la boca del horno.

—Puede que te parezca siniestro —murmuró—, pero en la otra boca, la de salida, no hay nadie. Da directamente a una sala donde son entregadas las cenizas a los familiares, y que está contigua a la salida. Puedes escapar por ahí.

Sentí frío en la boca del estómago.

Maldita sea, podía ser una trampa.

Cuando yo estuviera dentro, ella pulsaba una palanquita y... ¡zas!... Huevos fritos. Pero la chica debió adivinar mis pensamientos. Haciendo un gesto de decisión, dijo:

—Yo también sospecharía lo mismo, pero no preparo ninguna trampa. Lo único que deseo es que te largues de una maldita vez. Y para demostrártelo, te acompañaré.

Lo hizo. Fue delante. Como tuvo que entrar a gatas, su poderosa grupa casi se me metió en la boca.

Susurró:

—Cuidado.

¿Cuidado con qué?, pensé.

Porque las cosas se ponían mal.

Una luz rosada iluminaba el horno por dentro.

Avanzábamos por una especie de rampa muy suave y que también debía estar hecha de titanio, a juzgar por las temperaturas que había de soportar. Una serie de cables eléctricos debían pasar, deduje yo, por las gruesas corazas de amianto que se veían arriba. El resto del horno era confuso, pues la luz no lo alumbraba todo, aunque me pareció que al fondo había ladrillos refractarios.

No pude evitar el horror. Otra vez sentí frío en la boca del estómago.

¿Y si alguien había notado nuestra presencia allí?

¿Y si le daba a la palanquita?

— ¿Dónde está la salida? —le pregunté a la muñeca.

—Allí enfrente.

Faltaban aún al menos cinco metros. Teníamos que avanzar a gatas y ella iba delante para guiarme. Y como yo no quería perder contacto, otra vez pasaba aquello.

Que tenía pegado a mí aquel sitio tan comprometido, vamos.

La chica se detuvo.

Chocamos.

Fue un buen choque, vive Dios.

—Procura no salirte del carril —musitó.

Yo no pensaba salirme de ningún sitio.

Al contrario, quizá pensaba entrar.

Ella volvió un poco la cabeza para mirarme.

Menuda postura.

El frío en la boca de mi estómago iba desapareciendo.

Y, por el contrario, empezaba a notar un calor que no estaba precisamente en la boca del estómago, sino en otro sitio.

La chica musitó:

— ¿Qué te pasa?

— ¿Y qué te pasa a ti, muñeca?

—Que este es un sitio muy raro, ¿no?

—Y tan raro...

—Demonios, nunca lo he hecho en un lugar como este.

—Pues mira que yo.

Volvió a mirarme, aunque siempre manteniéndose de espaldas a

mí.

Susurró.

— ¿Cómo te llamas? Aún no me lo has dicho.

—Phil.

—Yo Carol.

—Menudo lío, Carol.

—Menudo lio, Phil.

—Voy tan pegado a ti porque... no quiero que te pierdas.

—Pues hay un sistema para no perderse uno.

— ¿De veras?

—Claro. Podríamos arrejuntarnos más.

—Qué buena idea —dije.

— ¿No se te había ocurrido?

—No —susurré mientras pasaba al ataque.

Ella suspiró, mientras se estremecía:

—Qué cosas...

Y del empujón por poco sale disparada hacia la boca del horno.

Hizo:

—Mmmmm...

Pero nada más. Buena chica. Y hay que ver cómo colaboró. Con qué entusiasmo. Con qué ganas de quedarse allí hasta finales de mes.

Yo no sé lo que duró aquello.

He perdido la memoria.

Aunque soy capaz de jurar que, si alguien llega a encender el horno, ni nos enteramos. Pero, eso sí, hubieran tenido que fabricarnos luego una urna en forma de cuatro.

## Capítulo X

### EL MUNDO SILENCIOSO

Efectivamente, no me resultó difícil huir por el otro lado. La chica no me había engañado en absoluto. Ella volvió atrás por el horno mientras yo me largaba, quizá para recoger la ropa, pues en el camino se había dejado Carol la poca que llevaba encima. Supongo que la encontró.

En cuanto a mí, la ola de intenso calor me asaltó de nuevo al verme al aire libre. Comprendí que había salido con vida de una difícil situación, pero eso no lo arreglaba todo ni mucho menos: seguía sin saber dónde estaba Beira y sin poder hacer nada para salvarla.

Solo me quedaba un recurso, que era y de nuevo al origen del asunto, o sea meterme en la hermosa jaula de oro en que vivía Lorna Roosevelt, la bestia humana que vivía de las cenizas de los otros. ¿Qué beneficio le había producido la muerte de las mujeres a las que quemó? ¿Qué beneficio, sobre todo, le había producido la muerte de Beira? Sin duda ese beneficio era muy alto. No me cabía duda de que, cuando regresara a Nueva York, Lorna podría lucir las más costosas joyas y los más deslumbrantes abrigos de piel, unos abrigos que en el fondo estarían hechos con piel de hembra.

Mientras andaba en busca de un taxi, mirando cuidadosamente en torno mío, la cabeza me daba vueltas. Por una parte estaba seguro de que el cuerpo de Beira había sido quemado como el de tantas otras, pero por otra parte no entendía lo del horno apagado. Entonces, ¿qué habían hecho con el cuerpo de la muchacha?

No me convenía seguir pensando, lo que tenía que hacer era actuar. Tomé un taxi y lo dejé en el Hotel Condado, cerca de la elegante zona en que vivía Lorna. Desde allí fui a pie hasta el Hilton, di un rodeo y miré desde lejos la casa de Lorna. No parecía

haber en ella ninguna vigilancia especial.

Pero no podía fiarme. La trampa debía estar dentro. En consecuencia, me alejé y dejé pasar las horas en diversos bares de la ciudad, hasta que llegó la noche. Esta se produjo casi repentinamente, como siempre ocurre en los trópicos, de forma que las sombras saltaron sobre las calles como por sorpresa, cuando un minuto antes aún brillaba el sol.

Entonces decidí acercarme de nuevo a la casa de Lorna. Tenía a mi favor una sola cosa, y era que ellos imaginarían que yo estaba ya al otro lado de la isla, intentando huir, después de mi incursión en el crematorio. Sin duda no pensaban que me atrevería a meterme en la boca del lobo.

La vegetación entre las villas de recreo era muy abundante y podía tapar con facilidad a un hombre. Mientras los coquis entonaban su canto, me deslicé igual que un fantasma hacia la casa iluminada, buscando no causar el menor ruido, tal como en los comandos me habían enseñado a hacer. Pero enseguida noté dos cosas:

La primera, que los coquis dejaban de cantar cuando yo me metía materialmente en su zona.

La segunda, que tampoco cantaban un poco más allá.

Poco imaginaban aquellos simpáticos bichitos que iban a salvarme la vida. Porque con su silencio me demostraban que algo más allá había un vigilante dispuesto a atrapar a cualquiera que se acercara demasiado a la casa.

Di un silencioso rodeo y lo vi.

El pájaro tenía una pistola con silenciador.

En el cálido silencio de la noche tropical, parecía una estatua.

Ni siquiera imaginaba que yo estaba detrás de él.

Se volvió en la última fracción de segundo, al oír un ruido sospechoso a su espalda, pero ya no tuvo tiempo de nada más. Con mi propio cinturón lo estrangulé. Fue un trabajo silencioso, asqueroso y podrido, pero que no tuve más remedio que hacer, porque era su vida o la mía. Solo después de acabar con él tuve el camino libre.

Le desanudé el cinturón del cuello y me lo volví a colocar. Entre los arbustos que había más allá, los coquis volvían a cantar estridentemente.

Llegué hasta la pared de la casa, pero allí me detuve. No cabía duda de que existía algún sistema de escucha en el interior, la mujer que dominaba un verdadero Sindicato del Crimen no se dejaría atrapar en su propia guarida.

En efecto, existía un sistema de alarma conectado a cada ventana. Todas estaban cerradas, porque dentro había aire acondicionado. Penetrar por cualquiera de ellas sería tanto como pedir a gritos que me matasen.

Lo más sencillo sería hacerlo por la parte posterior, pese a que allí podía distinguir también a un hombre armado. Eso tenía la ventaja de ser lo más directo y lo que menos esperaban, de modo que me decidí.

Aparecí de pronto junto a él.

Tranquilo.

Como si fuera uno de los guardianes.

Incluso me puse un cigarrillo en los labios.

—Tengo un mensaje para Lorna —dije.

No me reconoció en la primera fracción de segundo.

Ni en la siguiente tampoco.

Porque ya no tuvo tiempo ni de lanzar un gemido. El terrible golpe que le di en la nariz con el borde de la mano abierta lo dejó completamente K.O. Y algo más: tuve la sensación de que con aquel golpe le había hundido la base del cráneo.

El gorila se derrumbó en silencio porque yo lo recogí en mis brazos. El sistema de ir a los sitios en línea recta me estaba resultando bien, de modo que abrí la puerta tranquilamente. Nadie más vigilaba el vestíbulo.

Era un vestíbulo de segunda clase, bastante distinto al de la parte delantera. Distinguí unos muebles de bambú, una mesa con botellas y unos libros. Había una sola puerta y estaba cerrada. La empujé tras convencerme de que no se oía ningún ruido tras ella.

Pude distinguir entonces parte de una habitación sumida en una especie de penumbra tibia.

Y ahora sí que oí algo: eran unos entrecortados gemiditos. Pude ver dos confusas figuras tendidas en un diván.

Mis cejas se arquearon, porque reconocí a una de ellas: era Lorna Roosevelt. Tenía debajo a otra chica a la que estaba besando.

Sus cuerpos se movían turgentes en la penumbra, con mucha

suavidad.

Era fascinante verlas.

La boca se me quedó seca.

Aunque la verdad fue que no tuve ninguna sorpresa, porque ya había imaginado que Lorna era bisexual. Resultaba una mujer demasiado ambiciosa, demasiado ansiosa, demasiado rica en experiencias para conformarse solo con la mitad del mundo. Ella quería todo el dinero y también todo el placer, lo mismo el que pudiese venirle de un lado que del otro.

Por un momento vacilé, pero comprendí que no me convenía entrar en aquel momento porque tendría dos enemigas en lugar de una. Aguardé unos instantes hasta que terminaran, cosa que no se hizo esperar.

Debían ir muy sincronizadas, las muy brujas. Sin duda se conocían lo que se dice muy bien.

Oí un doble suspiro de languidez y placer. Luego, por el resquicio de la puerta, vi que las dos se sentaban en el diván y empezaban a arreglarse las ropas. Cerré y aguardé.

Lástima no haber podido participar en el festín. Les juro que me había quedado con las ganas.

Pero la chica salió un momento después. No Lorna, sino la muchachita que había estado debajo todo el tiempo. Se arreglaba el pelo maquinalmente y se acariciaba ella misma la piel como si aún tuviera ganas de continuar.

De pronto yo le acaricié algo más. Le puse una mano en la boca para que no gritase y otra en cierto sitio del vientre para que se diera cuenta de que iba con buena intención.

Y se estuvo muy quieta. Debía estar acostumbrada a que los guardianes la agredieran de vez en cuando, haciendo con ella lo que les viniese en gana. No solamente Lorna debía ser su dueña. Me di cuenta de que me había metido en una especie de casa de la muerte, pero también en una casa del placer donde muy pocas cosas estaban prohibidas.

Ella no se sorprendió, sino que incluso ayudó un poco, entreabriendo las piernas. La apreté bien por detrás, pensando que la situación no estaba nada mal y que ya tendríamos tiempo para hablar. Pero en ese momento la chica pudo volver un poco la cabeza y me vio. Todo su cuerpo tuvo una convulsión.

—Más vale que seamos amigos, muñeca —dije en un susurro junto a su oreja—, porque de lo contrario lo vas a pasar mal. Pero si eso te tranquiliza, te diré que contra ti no tengo nada.

Continué apretándole la boca para que no gritase. Se estuvo muy quieta. Junto a su oreja, advertí nuevamente:

—Voy a soltarte, pero si gritas será la última cosa que hagas en tu vida. No te dejaré tiempo para nada más.

Asintió con un gesto.

La hice sentarse en una de las sillas y miré sus grandes ojos entre aterrados y dulces.

— ¿Qué haces tú aquí? —musité.

—A Lorna le gusto —dijo.

—Ya lo he notado. ¿Y a los otros?

—De vez en cuando me acuesto con ellos.

— ¿Vives en la casa?

—No siempre. Cuando me necesita, Lorna me llama y me tiene aquí unos días. Entonces es insaciable.

Entendí. Me pasé otra vez la lengua por los labios que se me habían quedado secos.

— ¿Cuántos hombres hay aquí? —susurré.

—Esta noche más que nunca.

—Sí, pero ¿cuántos?

—Dos en el jardín y uno en cada puerta exterior

Uno del jardín y otro de la puerta ya estaban liquidados, de modo que no tenía que preocuparme más por ellos. Pero eso hacía dos enemigos más en el exterior de la casa. ¿Y los de dentro?

Se lo pregunté con un gesto.

Y, también con un gesto, me contestó que había tres.

Era un buen lío, sobre todo teniendo en cuenta que no podía permitirme el lujo de organizar un concierto de plomo. Pero de pronto recordé que el hombre que yacía sin vida junto a la puerta debía llevar una pistola con silenciador.

Abrí la puerta y hurgué en su funda sobaquera. En efecto, la llevaba. En cuanto a la chica, se estuvo quieta, estremecida por la sorpresa al ver que tenía un fiambre tan cerca.

Seguro que se le ocurrió pensar que el próximo fiambre podía ser ella, de modo que dio toda clase de facilidades.

— ¿Qué hace ahora Lorna? —musité.

—Me ha dicho que iba a beber un trago a la sala.

Recordé el sitio muy bien. Era el de la enorme pecera. Con un susurro le pregunté a la chica su nombre.

—Cinthy —contestó.

—Pues bien, Cinthy, oye bien esto y no cometas ningún error. Voy a buscar a Lorna Roosevelt y es posible que tenga algún cariñoso encuentro con sus hombres, pero tú puedes salvar muy bien la piel. Te basta con estarte quieta.

Hizo una seña prometiendo que sí. Tenía que confiar en la joven lesbiana o matarla, de modo que me incliné por lo primero. En silencio pasé a la habitación del diván, donde aún se marcaban las formas de los cuerpos.

Y entonces lo vi.

El tío acababa de entrar.

A juzgar por la cara de mala baba que tenía, debía ser el jefe de los gorilas de la casa.

Lanzó un respingo al verme, porque su sorpresa fue mucho más violenta que la mía. Pero, con una rapidez fulgurante, llevó la derecha a la funda sobaquera.

No le dejé tiempo.

Hice un solo disparo que sonó apenas como un taponazo.

Vi el agujero en la frente.

La sangre.

Los ojos desorbitados.

No me quedó margen para nada más, inmediatamente me di cuenta de que había otro gorila en la habitación contigua. El tipejo intentó saltar para ponerse fuera del campo de acción de mi pistola.

Pero este era mucho más peligroso. Llevaba una metralleta.

Me barrería si yo no acertaba a la primera bala.

Acerté.

Había visto cruzar su cabeza en fracciones de segundo. Envié una nube de plomo al hueco, sabiendo que su cabeza había de pasar por allí, y se la vacié instantáneamente. Hubo un seco chasquido mientras se oía también el ruido estridente de un mueble que se rompía.

No me quedaba más remedio que salir ahora a cara descubierta. Atravesé la habitación, pasando por encima del cadáver del gorila, para llegar a la sala donde estaba la otra enorme pecera.

Y allí la vi.

Centenares de peces flotaban ahora en ella. Estaba completamente llena. Era increíble.

Se movían en un mundo silencioso de agua que me pareció turbia y fétida, pese a que un mecanismo la renovaba constantemente.

Y detrás estaba Lorna Roosevelt. Sus grandes ojos me miraban con una indescifrable expresión de odio.

Lástima que una mujer tan bonita no me diese ninguna oportunidad de convertirme en amigo suyo.

Salté sobre ella.

## Capítulo XI

### EL HOMBRE DE LOS PECES DE PLATA

Los dos rodamos por el suelo, junto a la enorme pecera, cuyos habitantes se movían agitadamente. Como si tuvieran mentalidad humana, todos se estremecieron con el choque y acudieron al mismo sitio de la pecera. Eran enormes, estaban hinchados y tenían en la mirada un no sé qué que me pareció maléfico.

La primera vez no me había podido fijar demasiado en aquellos peces, porque la chica me llamaba mucho más la atención que ellos, pero hubiese jurado que eran distintos. Y, desde luego, muchos menos. Parecían haberse multiplicado de una forma milagrosa, como si en el agua se hubiesen abierto centenares de huevos a la vez.

Lorna intentó morderme.

Se daba cuenta de que estaba perdida. Jamás imaginó que las cosas llegarían a ponerse así, pero ahora no le quedaba más remedio que aceptarlas. Era una hábil luchadora, y cuando le falló el mordisco arqueó el cuerpo bruscamente, haciendo puente para lanzarme por el otro lado.

Lo consiguió en parte. Yo salí despedido, cosa que no me hubiera ocurrido con un hombre. No queriendo destrozarle el cuello, la había sujetado sin demasiada fuerza.

Y eso estuvo a punto de serme fatal.

Rodé por tierra.

Lorna se levantó con la velocidad de una gata.

Había una pistola en la mesita contigua, y se lanzó hacia ella. Si la tomaba en sus manos, yo no tendría más remedio que dispararle a la cabeza, y quería cazarla viva para obligarla a hablar. Tendí la pierna como último recurso.

Le di en la rodilla para obligarla a caer, y lo conseguí. Pero perdió el equilibrio de tal manera que salió despedida hacia el aire, a causa del propio impulso que llevaba. Y entonces me di cuenta de algo increíble, algo que me pareció la entrada del infierno.

En el primer momento no pude creerlo.

\* \* \*

Había caído en la enorme pecera ¡Tenía medio cuerpo metido dentro de ella! ¡Su cabeza quedó unos momentos bajo el agua!

Y fue eso lo que le impidió gritar.

Pero yo sí que grité.

Sentí en los nervios el frío de la muerte.

Porque una caída así no hubiese tenido ningún efecto trágico... Pero lo que ocurrió, lo que estaban viendo mis ojos, me hizo tambalearme. Porque los peces saltaron inmediatamente sobre la cara y los brazos de Lorna... ¡y el agua se tiñó de un espantoso color rojo!

¡Lo que había en la pecera eran pirañas!

¡Centenares de pirañas!

¡Lo llenaban todo!

Demasiado tarde me di cuenta de que iba a ser imposible salvar a Lorna Roosevelt. Su cabeza estaba siendo desprovista de carne en cuestión de segundos. Era un espectáculo horrible, macabro, arrollador. Nunca había visto nada semejante. Las fuerzas me fallaron y noté que las rodillas se me doblaban.

Los huesos aparecieron.

Huesos mondos y limpios como en un festín de hienas.

Todo vacilaba en torno mío. Caí sobre la mesa donde estaba la pistola cargada. Estuve a punto de descargar una serie de balazos contra la siniestra pecera, pero maquinalmente pensé que era ya demasiado tarde.

Mis dedos rozaron el papel que estaba junto a la pistola.

No me supe mover.

Me pareció —cosa absurda— que las pirañas rugían.

Y avancé hacia la pecera como un hipnotizado. En aquel momento no supe por qué.

Más tarde lo comprendería.

\* \* \*

Linda Raines estaba en su pequeño apartamento, con los ojos entornados y la mirada perdida. Cualquiera hubiese imaginado, viendo su expresión, que estaba esperando la llegada de algún tío que le hiciese cosquillas. Al verme sonrió e hizo un gesto suave, deliciosamente discreto, enseñándome las piernas.

—Creí que ya no ibas a volver —musitó.

—He estado a punto —dije, sentándome junto a ella—. Menos mal que entre Puerto Rico y Nueva York no hay aduana, porque de lo contrario no me hubieran dejado pasar esto, a pesar de que en una mesa de Lorna Roosevelt encontré el documento que autoriza a traerlo.

— ¿Pasar *esto*? ¿Pasar *qué*? —musitó.

Señalé el voluminoso paquete cerrado y sellado.

—Pirañas muertas y conservadas en sal —dije—. Ella lo tenía todo preparado allí y por eso no fue difícil. Pirañas para que las estudien los alumnos de Ciencias Naturales, aunque eso era un cuento. Lorna no hubiera entregado los peces nunca.

— ¿Pirañas? ¡Por todos los infiernos! ¿Y para qué las quería?

Por toda respuesta, abrí el paquete, forrado con aluminio y saqué una. Me dio asco solo rozarla, como si rozase a una serpiente. Con una navaja, la abrí en canal.

—Las saqué con una red que ella también tenía preparada —dije—. Con las manos, ni soñar en tocarlos.

— ¿Pero por qué? —y lanzó una especie de gemido—. ¿Para qué las quería ella? ¿Qué buscaba?

—No podía quemar a Beira —dije—. Los brillantes se hubieran quemado también.

Linda Raines entornó los párpados.

—No entiendo una sola palabra, Phil —musitó.

—Pues no es tan difícil. Beira los robó por encargo de Lorna Roosevelt, a cambio de una participación en el botín, pero más tarde pensó que sería una estupidez no quedarse con todo, e hizo lo que en otras ocasiones había hecho: tragárselos e iniciar inmediatamente una huelga de hambre. De ese modo podía tenerlos bastantes días en su organismo, hasta que salía en libertad provisional por falta de pruebas. Con los brillantes Mulligan hizo lo mismo, pero Lorna Roosevelt no cayó en la trampa. Decidió la muerte de Beira, aunque esta vez no podía ser en el horno crematorio, porque ello hubiera supuesto la destrucción total de los pequeños brillantes. En lugar de eso, cometió la salvajada de hacerla devorar por las pirañas, sabiendo que solo quedaría el esqueleto. Pero un esqueleto puede trocearse y no resulta difícil hacerlo desaparecer para siempre.

Con la boca abierta por el asombro, Linda musitó:

—Pero... ¡pero las pirañas lo tragan todo! ¡Los brillantes también!

—Justo, muñeca. Y enteritos. Por eso Lorna no tenía más trabajo luego que dejarlas sin agua o sacarlas de la pecera, traerlas a Estados Unidos con la mayor tranquilidad y...

Abrí en canal el segundo bicho mientras gruñía:

—Somos ricos, nena.

Pero la lógica de las mujeres siempre le deja a uno sin aliento. La noticia no le llamó para nada la atención. Lo único que dijo fue:

—Llevas media hora aquí y ni siquiera te has fijado en mí, marica.

Lancé un respingo.

Era la primera vez que me llamaban marica siendo millonario.

Y me lancé al ataque, porque no quería darle a Linda nuevos motivos.

Caímos los dos muy cerca del paquete.

Menos mal que ninguna de las pirañas estaba viva...

FIN

¡Una fabulosa selección de  
los mejores relatos del viejo  
y salvaje Oeste!

**BISONTE**  
**Serie Roja**

**BISONTE**  
**Serie Azul**

ASEGURE  
SU  
EJEMPLAR

**BUFALO**  
**Serie Roja**

**BUFALO**  
**Serie Azul**

*las populares colecciones en  
cada uno de cuyos volúmenes, los  
más famosos autores del género  
le ofrecen lo mejor de su larga  
carrera de éxitos.*

**CALIFORNIA**

**COLORADO**

**SALVAJE TEXAS**

**KANSAS**

**EDITORIAL**  
**BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.**